

Ken Sewell nació en Londres, Inglaterra, en 1950. Es especialista en el comportamiento canino.

En 1974, Ken creó la fórmula original de "enseñar al amo para que su perro aprenda", fundando en el mismo año el equipo de adiestramiento a domicilio que revolucionaría el ámbito del aprendizaje canino en todo el país.

El 3 de Junio de 1989, fue nombrado Académico Corresponsal de la Acadèmia de Ciències Veterinàries de Catalunya por su labor en el campo de la etología.

Desde entonces, colabora asiduamente con facultades de veterinaria, enciclopedias, revistas técnicas y de divulgación, ayuntamientos, prensa y medios de comunicación, para orientar tanto a profesionales como a aficionados en cuestiones de conducta canina.

Ken ha publicado dos libros: "Así aprende su perro" y "Así es su perro" que han superado los 15.000 ejemplares vendidos, convirtiéndose a la vez en "best sellers" y clásicos de su especialidad.

Sus servicios de educación y terapias del comportamiento canino son recomendados por casi novecientos establecimientos, entre clínicas veterinarias y tiendas de animales, de Barcelona y alrededores.

[www.kensewell.com](http://www.kensewell.com)



**Antonio Prats**

**Doctor en Veterinaria y Director de la revista Animalia**

"Ken Sewell es claro y conciso. Sabe cómo y hasta dónde puede llegar con cada perro que trata y ésta es una virtud que muchos olvidan. Ken es de esas personas a las que cualquier veterinario quisiera tener a su lado en la clínica cotidiana; pero es demasiado libre. Saber comunicar es el secreto de su profesionalidad; comunicar con el propietario, con la mascota y hacer que ambos sepan comunicarse".

**Sílvia Pintado**

**Bióloga de la Universitat de Barcelona**

"Ken Sewell se entrega en cuerpo y alma a una especialidad que le fascina y que le ha hecho merecedor del reconocimiento que tiene. Su rectitud no está reñida con su excelente humor, que le convierte en una persona encantadora, cuya imagen me recuerda la de un científico entrañable del s. XIX."

**Cris Molins-Pueyo**

**Antropóloga Social de la Universitat Autònoma de Barcelona**

"Ken Sewell es, como educador y etólogo, excelente; como estudioso de la evolución, tremendamente lúcido y de estimulante lectura y conversación: Un erudito con los pies en el suelo y que goza del justo equilibrio de quien conoce y sabe hacerse entender. Todo ello le convierte en un extraordinario maestro".

**corazón CANINO®**

Los secretos de la felicidad compartida

# corazón CANINO®

por



**corazón canino** es el libro que esclarece las bases del comportamiento canino y de su modificación. Ken Sewell es comportamentalista canino de profesión, con 38 años de experiencia a sus espaldas. Ha resuelto más de 12.000 casos y es autor de "Así es su perro" y "Así aprende su perro". Este nuevo libro es una aventura apasionante para los que sienten debilidad por las mascotas y Ken nos propone conocer a los perros desde una perspectiva canina... para llegar a su corazón.





Los secretos de la felicidad compartida

**corazón**  
**CANINO®**

por

*Ker Smeel*



A mi querida esposa,  
*Sweet little* M<sup>a</sup> Antonia  
... lo mejor que me ha  
pasado en la vida.

Título: "Corazón Canino: Los secretos de la felicidad compartida" ®  
Autor: Ken Sewell ©  
Editorial xxxx  
Barcelona, España, 2010

Primera edición : 2010

Diseño de la portada: Nuria Llorc ©  
Diseño gráfico: Nuria Llorc  
Fotografías: shutterstock

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia no autorizada por escrito de los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



## Agradecimientos

Como siempre, estoy en deuda con todos los profesionales que recomiendan mis servicios de adiestramiento a domicilio, residencia canina y cursos de etología y educación. Desde aquí, deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todos y cada uno; veterinarios, veterinarias y propietarios y propietarias de tiendas de animales de compañía de Barcelona capital y alrededores, que me han dado, entre muchas otras cosas, esta posibilidad de seguir luchando por el bienestar de nuestros mejores amigos, tanto caninos como humanos.

A través de casi un millar de dichos establecimientos, me llegan llamadas telefónicas de las personas que pueblan mi vida profesional. Son los dueños y dueñas que quieren aprender a satisfacer ilusiones o resolver problemas relacionados con el comportamiento canino y confían en mí para ayudarles a lograrlo. Me siento realmente privilegiado al colaborar con gente tan magnífica y estoy encantado de conocerlos a todos. Dais sentido y alegría a mi trabajo.

A los alumnos y alumnas que han compartido tres meses de sus vidas conmigo individualmente y a los que han hecho un curso intensivo de verano en grupo, les mando un fuertísimo abrazo. He firmado sus diplomas con la satisfacción de saber que, sin excepción, estas personas darán buena cuenta de sí mismas ante un problema de conducta de un perro. Hasta la fecha, he tenido mucha suerte. ¡Espero que vosotros opinéis lo mismo!

Merecen una mención especial en este apartado cuatro amigos que me han prestado un apoyo insustituible. Milena González es mi mano derecha en todo el ámbito de la educación canina. Josep Salvador es una fuerza motriz principal de nuestra residencia canina y Núria Llorca ha arrimado el hombro de una manera que es de agradecer en el diseño de este libro y en la realización y mantenimiento de nuestra página web. A Montse Colell, la única persona que yo quería que hiciera el prólogo de este libro, le he admirado siempre; como persona, como científica y como pedagoga. Es un auténtico honor que hayas accedido a mi petición, Montse. ¡Procuraré estar a la altura!

¡Muchas, muchas gracias a todos!





# Prólogo

Conocí a Ken hace más de una década en un seminario sobre capacidades cognitivas y evolución, en el que yo daba una charla sobre autoconciencia en grandes simios.

Aquella fue la primera ocasión que tuve de charlar con él, pero su nombre ya me era familiar. Había visto la tarjeta profesional de Ken en tiendas de animales y consultorios veterinarios y conocía su fama. De hecho, creo que debe ser difícil encontrar en Barcelona y alrededores un buen aficionado a los perros que no haya oído hablar de Ken Sewell y de su habilidad para resolver problemas de conducta y de convivencia entre amos y canes. No en vano lleva casi cuarenta años dedicándose a adiestrar perros a domicilio (¡más de doce mil casos!), con unos resultados excelentes.

Cuando nos presentaron me gustó de inmediato la confianza y amabilidad que irradiaba y los conocimientos que mostraba sobre un tema (la inteligencia de los primates) que no era su especialidad. Su curiosidad y energía y el entusiasmo que mostraba por su trabajo me cautivaron y empecé a entender el porqué del éxito de su método de adiestramiento: Un método que Ken ha desarrollado de forma intuitiva y autodidacta, aunque ya desde muy joven se había sentido interesado por la Etología, que estudió en Inglaterra.

Nacido en Londres en 1950, su carrera profesional empezó en Barcelona, en 1974. A lo largo de los años, además de cosechar incontables éxitos como adiestrador de perros, ha publicado diversos libros y artículos sobre comportamiento canino. En 1989, en reconocimiento a su trabajo fue nombrado académico corresponsal por la Academia de las Ciencias Veterinarias de Cataluña y once años más tarde fue elegido como director del Círculo Darwiniano de Homínido (Grupo de Orígenes Humanos de la Universidad de Barcelona) por su labor de divulgación científica.

Pero el mayor reconocimiento para Ken es el de sus clientes, que ven cómo aquel problema de conducta, que parecía tan insoluble, puede resolverse sin causar sufrimiento a su mascota, de forma definitiva y a menudo en unas pocas sesiones.

Gran parte del éxito de su método se basa en no sacar al perro de su entorno, trabajar en estrecha relación con el amo y con su mascota y no aceptar casos en los que no se pueda asegurar un resultado positivo. Dichos casos son pocos y, a menudo, dependen más de las características del amo que de la problemática que presenta el perro.

El método de Ken es sumamente eficaz y contiene algunos principios educativos fundamentales, basados en la confianza y el entendimiento mutuo. El perro necesita un amo cuyo comportamiento sea coherente y previsible y el amo debe ser capaz de reconocer e interpretar correctamente los mensajes conductuales de su perro.

Entender el comportamiento del perro parece simple, pero no es tan fácil. De hecho, es un problema que conoce bien cualquier estudioso del comportamiento animal.

Así, la mayoría de personas presentamos una tendencia muy marcada a interpretar y calificar las reacciones de los animales desde un punto de vista estrictamente humano. Esta perspectiva antropocéntrica es especialmente acusada en dos casos: cuando se trata de primates no humanos, especialmente si son grandes simios (chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes), y cuando los animales en cuestión son... ¡perros!

El primer caso tiene una justificación objetiva muy razonable. Nosotros también somos primates y, nuestra proximidad filogenética con los grandes simios es muy elevada. Compartimos un gran número de rasgos anatómicos y fisiológicos y muchas de nuestras conductas son parecidas a las suyas. Pero los primatólogos conocen bien el peligro de interpretar la conducta de los prima-



tes no humanos a partir de nuestra propia conducta. Un comportamiento realizado por un chimpancé puede ser idéntico al realizado por un niño, pero el significado funcional puede ser muy distinto. En general, las interpretaciones antropocéntricas tienden a ser sesgadas y, a menudo, erróneas.

¿Y qué ocurre con los perros? Algo similar. Pero en este caso, la interpretación humanizada de su comportamiento y la atribución de determinados sentimientos, se basa más bien en la existencia de una proximidad emocional entre humanos y canes, construida a lo largo de miles de años de estrecha convivencia entre las dos especies.

Los perros suscitan un interés especial. De algún modo, los consideramos diferentes al resto de las especies animales. Dicho interés también se pone de manifiesto en charlas y seminarios sobre comportamiento y cognición animal. Aunque no se haya hecho mención alguna de los perros, siempre surgen preguntas relacionadas con su conducta y, a menudo, los asistentes intervienen explicando anécdotas extraordinarias sobre sus mascotas. Los estudiantes de etología también se interesan especialmente por el comportamiento canino. Sin embargo, los perros no suelen ser el mejor ejemplo a considerar cuando se trata de explicar la conducta desde una perspectiva adaptativa y evolutiva. Los humanos llevamos tanto tiempo de convivencia en común con los perros que hemos modelado su comportamiento de acuerdo con nuestras necesidades materiales y afectivas. Y no hay que olvidar que cada raza (seleccionada por nosotros a lo largo de años de domesticación) tiene sus propias peculiaridades y características.

Ken propone a los propietarios de los perros (y a todos los que sienten debilidad por estos animales), una aventura apasionante. Abandonar el antropocentrismo y conocer a los perros desde una perspectiva canina, llegar al corazón canino para, a partir de esta comprensión, conseguir el mejor ajuste posible del perro con su amo y del amo con su mascota. Así, el adiestramiento que propone Ken se basa en el principio de la mínima intrusión, es decir,

conseguir que sea el propio perro el que, en última instancia, modifique su forma de comportarse, porque ya no le reporta ningún beneficio seguir con su conducta anterior.

Ken cree en su proyecto y tiene motivos para hacerlo. Y hoy, nos invita a que formemos parte del mismo. Su propuesta es también una forma de combatir la desinformación que hoy en día todavía existe sobre las posibilidades del adiestramiento. Desinformación que, en demasiadas ocasiones, puede llevar a que los propietarios de un perro con desajustes conductuales consideren el sacrificio de su mascota como la única solución posible. Ello conlleva la muerte innecesaria de un número indeterminado de animales y, a menudo, sentimientos de culpa, angustia y fracaso en las personas implicadas.

Esta realidad es todavía más triste porque la gran mayoría de problemas comportamentales pueden ser resueltos con facilidad, mediante una intervención adecuada al problema y sin necesidad de administrar psicofármacos ni de alejar al perro de su amo.

Y ahora ya sólo queda comenzar a disfrutar y aprender leyendo las páginas que siguen. Pero, antes de hacerlo, es una buena idea entrar en la web y conocer a algunos de los clientes de Ken. Detrás de cada foto y de cada nombre hay una historia a menudo plagada de conflictos y pasiones, pero con un final feliz.

Dra. Montserrat Colell Mimó  
Profesora Titular de Etología  
Facultat de Psicologia - Universitat de Barcelona

Barcelona, quince de enero de 2010





# Índice

0.	INTRODUCCIÓN ILUSTRADA	18
1.	CÁNIDOS Y HOMÍNIDOS	40
2.	LA COMUNICACIÓN LOBUNA	58
3.	DEL MONTE AL SALÓN	76
4.	ENTENDER A UN CACHORRO	96
5.	LA OBEDIENCIA BÁSICA	120
6.	EL CONTROL SIN CORREA	144
7.	LA DOMINANCIA DEFINIDA	168
8.	LA MITIGACIÓN DEL MIEDO	200
9.	ALGUNOS CASOS ANALIZADOS	222
10.	RESUMIENDO CONCEPTOS	272
	EPÍLOGO + BIBLIOGRAFÍA	316



# Introducción Ilustrada

# Introducción Ilustrada

20



21

## LA COMPRENSIÓN

¿Crees que entiendes a tu perro? ¿O eres de las personas que todavía están convencidas de que hay que *reñir* a un perro cuando *sabe* que ha hecho *mal*? Si tu respuesta a esta última pregunta es afirmativa; créeme, necesitas este libro; sobretodo si tienes que resolver algún problema de comportamiento.

¿Por qué? En primer lugar, porque nunca hay que *reñir* a un perro. Él recibe la riña como una amenaza de agresión inminente y se prepara para responder; o con la huida o con la autodefensa; cosas que no te convienen en absoluto.

Luego, lo que ha hecho un perro, hecho está; y no hay forma de hacer un puente entre el presente y una acción acabada. Aunque a un ser humano le pueda parecer que sí, él no *sabe* nada con respecto a lo que le estás diciendo, porque no tiene la maquinaria cerebral necesaria para poder interpretar el significado de una reprimenda. Tu propósito sólo está en *tu* cabeza, no en la *suya*.

Por último, el bien y el mal son conceptos relativos, mejor entendidos como lo socialmente beneficioso y perjudicial respectivamente. Los perros heredan comportamientos que

tienden a convenir a su sociedad atávica del monte, pero éstos poco les ayudan a captar *tus* deseos en un momento urbano determinado.

Un perro no hace las cosas *mal* porque te desafía o se venga, sino porque no se ha enterado de tus intenciones; repito, aunque pueda parecer que sí.

La manera de comunicarte con coherencia canina es el tema principal de este libro pero, para ello, habrá que desmitificar una nueva generación de falacias, nacidas de la inexperiencia y consiguiente desconocimiento, que no hacen más que exacerbar una situación que ya era más que confusa.

Antes de indagar más en este tema, haré algún comentario acerca de la predisposición de los perros a aceptar una normativa. Siendo como son, animales jerárquicos, heredan expectativas que facilitan el establecimiento de una serie de pactos que encauzan su comportamiento, igual que nosotros. Si las normas se transmiten con claridad, el o la aprendiz se tranquiliza porque sabe a qué atenerse. Los seres jerárquicos tenemos un montón de ventajas al vivir en comunidad, a cambio de las cuales debemos ceder ciertos privilegios ante las exigencias del colectivo.

¿Enseñar a un perro a ser obediente es incompatible, entonces, con las manifestaciones de cariño? Para nada. Todos los mensajes se reciben por contraste. Intenta decirle algo a alguien sin abrir la boca y verás cómo, al reducir el contraste entre sonidos, la información se vuelve ininteligible. Con esto, quiero decir que, si la tónica habitual en la interacción con tu perro es dulce y melosa, cualquier brusquedad en tu tono hará que te preste una atención especial. Todo buen contrato debe beneficiar de modo similar a ambas partes contratantes. Por lo tanto, si tu quieres mimarlo a él y él quiere que lo mimes, tenéis un acuerdo que puede durar toda la vida.

La única advertencia es que no debe trascender el mimo al terreno de la autoridad. Si fallas aquí, el resultado será la confusión de tu discípulo. Si le mandas estar quieto, no cambies de idea porque él muestre el deseo de acercarse a ti, aunque tú también estés deseando que lo haga. Espera a que acaben sus muestras de disconformidad y, luego, libéralo para que te acuda. Éste es sólo *un* ejemplo, de momento, de ser coherente... previsible.

La firmeza previsible, lejos de hacer que se enfríe una relación, contribuye a aumentar el apego; porque sus genes saben que el poder que muestras para controlarlo, también puede servir para protegerlo.

Quien te diga que nunca hay que decirle que no a un perro viene de otro planeta... donde las prohibiciones quizás sean exageradas. La recomendación de no mimar, asimismo, puede provenir de la carencia afectiva de su autor.

Me encantaría seguir contando cosas pero para eso está el libro. Volvamos, pues, a aquellas falacias que apunté antes, para intentar sacar algo en claro de su procedencia.



## LA FRUSTRACIÓN

En los casi cuarenta años que llevo haciendo de *encantador de perros* en Barcelona y alrededores, he visto pasar el péndulo pedagógico desde el tenebroso laberinto de la violencia hasta los más ingenuos confines de la benevolencia nutricional. En otras palabras; antes, imperaba una especie de afán paramilitar de someter a los perros por la fuerza para que obedecieran y, ahora, ha surgido una fe ciega en una rechoncha y mágica varita, llamada Frankfurt, para amortiguar el desenfreno animal.

Evidentemente, quien se haya dado cuenta de esta transición compartirá conmigo la enorme alegría de suponer que, hoy en día, la inmensa mayoría de los perros se encuentra a salvo del suplicio que antaño implicaba el adiestramiento.



Sin embargo, una proporción alarmante de propietarios y propietarias de perros de compañía me manifiesta reacciones que varían entre la insatisfacción y la indignación ante métodos de enseñanza que se basan únicamente en el premio para recompensar los aciertos del alumno.

Mientras es cierto que las tareas más complejas; como la preparación de un perro de asistencia; se logran empleando este sistema, hay que tener presente que dicha labor requiere una meticulosa selección del cachorro y la dedicación de muchas horas de entrenamiento por parte de profesionales experimentados.

Las familias con las que yo trabajo, unas doce mil hasta la fecha, simplemente han decidido compartir su hogar con una mascota, a la que quieren mucho y para quien desean lo mejor. Para estas personas, el perro es un amigo, no un proyecto pedagógico.

Cuando el animalito crea algún problema en la convivencia dentro de casa o se muestra excesivamente exuberante en el exterior, la familia mira de solucionar la situación de la manera más razonable que esté a su alcance. No suele haber tiempo para una dedicación plena a la resolución.

Suerte tendrán las personas implicadas si su perro pertenece a esa minoría peluda que vendería su alma canina por un trozo de salchicha. En tal caso, los propietarios lograrán fácilmente que "Bobby" haga el pino si se lo proponen; eso sí, siempre y cuando se lo pidan con el manjar en la mano y no aparezca distracción alguna en el entorno que supere la influencia de la golosina.

Si no sirven, pues, las viejas tradiciones que nos instan a hacer daño, ni las nuevas instituciones que nos intentan hacer creer que la modificación de la conducta debe pasar irremediabilmente por el estómago; no es de extrañar que la confusión de profesionales y particulares aumente a la par de los fracasos educacionales.

Por lo tanto, he decidido regalar mi "versión de la película" a través de esta página web; para que esté al alcance del máximo número de personas posible y, también, para demostrar en la medida que pueda que no me motiva un interés lucrativo sino pedagógico. Mi objetivo es tan sencillo como necesario: ayudar

a ese máximo número de personas a salir de sus muchas dudas, con explicaciones razonadas de cómo es el perro de compañía y de cómo modificar su comportamiento, provocando así una notable mejoría en la calidad de vida de todos.

Soy autodidacta y éste es el tercer libro que escribo sobre conducta canina. En los anteriores: "Así es su perro" (1999) y "Así aprende su perro" (1995), he insistido por encima de todo en la necesidad de suprimir la violencia en el trato con nuestro mejor amigo pero, paradójicamente, ha llegado el momento en que debo cuestionar la utilidad de los premios cuando se trata de conseguir resultados fiables en el campo del aprendizaje canino. Como es lógico, ofreceré una alternativa eficiente... la que empleo desde hace treinta y ocho años.

En lo que se refiere a la comprensión de cualquier fenómeno, y el comportamiento canino no constituye excepción alguna, el disidente ruso Andrei Sajarov advertía que: "El peligro de la mente occidental estriba en que tiende a aceptar como verídica la primera explicación que entiende, sin comprobar la solidez del criterio en que se basa dicha explicación". En este contexto, hay que recordar que el ser humano tiene un tipo de cerebro reflexivo que *necesita* explicaciones de todo lo fundamental para paliar la angustia de la incertidumbre. Mientras no conoce una explicación fehaciente en concreto, la acostumbra a inventar.

Por otra parte, -y la siguiente observación puede resultar interesante para algunos y algunas profesionales de esta disciplina- el psicólogo norteamericano Daniel Goleman desvela la aparición de un *punto ciego* que obtura la percepción de información que no estamos preparados para asimilar. Pondré un ejemplo: Cuando se establece un vínculo económico con una determinada actividad, es fácil que lo lucrativo predomine sobre lo objetivo. Caer en esta trampa, no obstante, sólo rinde dividendos a corto plazo, creando ansiedad mientras actúa porque todos sabemos, en el fondo, que la gente no es tonta.

De momento, veamos cómo está el tema de la información que circula entorno al ámbito que nos ocupa, mediante un breve análisis de lo que nos dicen de la dominancia.

## LA DESORIENTACIÓN

Durante los últimos diez años aproximadamente, la mal-llamada etología canina se ha popularizado tremendamente en España, impulsada por programas de televisión, la publicación de libros y la preparación académica de muchos aspirantes. Ahora bien, como sucede en otras esferas de la vida, cantidad no es siempre garantía de calidad, debido a lo cual se hace imprescindible cuestionar todas las recomendaciones pertinentes, *provengan de donde provengan*; incluidas las de este libro.

Si tenemos un problema, buscamos una solución. Si nos ofrecen un remedio equivocado y no nos damos cuenta del error, la situación, *cuando menos*, sigue igual. A continuación, detallo algunos consejos que son tan universales como inútiles:





**1. “A un perro dominante, no hay que permitir que pase por una puerta delante de ti”.**

Esta recomendación no sirve para nada porque se basa en la creencia errónea de que el lobo alfa (líder) siempre encabeza a los miembros de la manada cuando ésta se traslada.

Aunque puede coincidir que el alfa vaya delante, hace décadas que observaciones de campo hechas por científicos reconocidos demostraron que quien guía la manada lo hace *por experiencia* –del comportamiento de las presas, de la ubicación de otras manadas, de los accidentes topográficos, etc.- *no por dominancia*.

Cuando tu perro estira de la correa para ir a la calle, es sólo por la ilusión de salir. Más bien pasa de tí.

**2. “Un perro dominante no debe comer antes que sus propietarios”.**

También hace muchos años que se demostró de modo concluyente que el desencadenante de la defensa de la comida no es su presencia sino su *posesión*. Es, por consiguiente, mucho más inteligente dar de comer a una mascota *antes* de comer nosotros, para que esté más tranquila durante la comida familiar.

Cuando un perro ve que estamos comiendo, puede lloriquear o tocarnos con una pata para solicitar un trocito. Tal y como decimos todos: “Está *pidiendo* comida”. Otra reacción tendrá un perro dominante si nos cae algo de comida al suelo, porque la *posesión* de aquello que era nuestro ahora está en tela de juicio y provoca una reacción de rivalidad... ¡Tanto si ya ha comido como si no!

**3. “A un perro dominante hay que hacerle sentar antes de darle una golosina”.**

Este consejo te incita a perder el tiempo nuevamente. *Invitar* a nuestro compañero a participar voluntariamente en un ritual nada tiene que ver con su pretendido acatamiento a nuestra autoridad.



**4. “A un cachorro dominante que te gruñe o te muerde hay que cogerlo por el pescuezo y tumbarlo de lado, o ponerlo patas arriba, como haría su madre”.**

Si bien las tres recomendaciones anteriores no pasan de inútiles, ésta puede ser peligrosa. Primero, tendríamos que hacer una distinción entre el cachorro agresivo y el que solamente es pesado. La amenaza real se asocia con la inmovilidad, mientras que los gruñidos y mordiscos meramente juguetones se acompañan de un movimiento corporal acusado.

Más adelante, explicaré cómo disuadir al mordedor juguetón de proseguir en este afán tan molesto sin organizar semejante mano a mano, que desaconsejo totalmente en cualquier situación.

En cambio, si las muestras de agresividad van en serio, lo que menos conviene es iniciar una confrontación que demuestre, en su propio terreno, que somos enemigos violentos. Genéticamente, el pequeño sabe que, aunque su madre obrara de esta manera –cosa harto improbable-, nunca sería su enemiga. A nosotros, aún nos falta definirnos.

Se encuentren donde se encuentren, instrucciones como éstas –en listas terapéuticas, libros, folletos informativos, etc.- hablan claramente del grado de desconocimiento del tema que padecen sus autores; *a los que pretendo motivar, no descalificar.*



Muchas directrices de este estilo, en efecto, harían que nos comportásemos como si fuéramos lobos y nuestro perrito fuera uno más de la... ¡manada! Pero en términos de evolución; o sea, de cambio; posiblemente hasta cien mil años separan al perro del lobo. Y el efecto acelerador que ha tenido la intervención del ser humano en este proceso, acrecentada desde el neolítico, es incalculable.

En síntesis; ni el perro es un lobo, ni los humanos estamos capacitados para emplear vías de comunicación propias de un cuadrúpedo salvaje... porque tampoco somos lobos. Por lo tanto, más vale dejar de tratar a la familia humana como si fuera una manada, enfoque que tiene además un elevado componente de "machismo".

La idea central de este libro es, precisamente, la opuesta: Considerar la manada, lugar donde se configuró la esencia del perro, *como una familia...* que es lo que realmente es. El giro que propongo permite cumplir las expectativas genéticas de nuestro perro con coherencia canina, como explicaré con detalle en el grueso del texto. Solamente así podremos formular mensajes que él pueda captar y transmitírselos en los momentos adecuados. Cuanto más previsible seamos, mejor se adaptará él a nuestra voluntad... y cuanto más conflictivo sea el intercambio, mayor importancia adquiere la nitidez de la comunicación.

Es, en definitiva, tan importante aprovechar las similitudes reales que existen entre los estilos de vida y las formas de ser de cánidos y humanos como identificar las diferencias y tenerlas en cuenta. Pero ahora vamos a echar un somero vistazo a las posibilidades de encontrar apoyo cualificado a la hora de solucionar problemas de conducta canina.



## LA SOLUCIÓN

Existen básicamente tres opciones cuando se trata de buscar ayuda profesional para la educación o terapia comportamental de un perro: El antiguo sistema de internar al alumno en una residencia canina; las propuestas recientes de la etología y la educación a domicilio.

Nunca ha habido una voluntad de comunicación entre los profesionales que se dedican a las distintas actividades, porque los técnicos siempre han temido los conocimientos teóricos que pudieran tener los académicos, mientras que éstos han temido la experiencia práctica que acumulan aquéllos. Es una lástima pero suele haber: o bien, teoría sin experiencia; o bien, experiencia sin teoría. Nadie quiere quedar en evidencia, lo cual limita enormemente el desarrollo de una disciplina tan moralmente comprometida como es la resolución de problemas que implican a un ser querido.

Procuraré hacer una crítica honrada de las tres fórmulas reseñadas, con el ánimo de capacitar al lector o lectora para que evite caer en las muchas trampas que esconde esta disciplina. A fin de cuentas, la mejor aportación que yo pueda hacer para que dicho campo genere confianza es divulgar la más extensa información posible sobre *todos* los aspectos de mi especialidad. De esta manera, el criterio de los propietarios y propietarias debería afianzarse, volviéndoles más selectivos. Ante la nueva presión, los profesionales deberían optimizar sus prestaciones.

### 1. El adiestramiento en un centro

Cuando se trata del adiestramiento en residencia, el que una persona ajena a la familia enseñe a tu perro en un lugar que no sea tu casa ni tus barrios ofrece pocas posibilidades de éxito. Si tu no sigues el proceso de aprendizaje paso a paso, no estarás capacitado o capacitada para prever y corregir comportamientos que te pongan a prueba. Tu perro sabe cómo se comportaba en su propio territorio y lo más seguro es que vuelva a las andadas en cuanto te lo entreguen.

Cuando vas a la residencia a recuperarlo, es posible que te obedezca porque todos los factores que sostienen el resultado conseguido están presentes. Solamente se suma tu presencia a la del empleado del centro, dentro del mismo entorno en que tu perro aprendió. Este sistema no te permite controlar el trato que recibe el alumno y te obliga a separarte de él, sin poder explicarle que algún día volverá a su hogar. En fin, si no quieres que suba a tu cama, entre en tu cocina o se escape de tu parque, creo que es mejor educarlo allí donde se producen las desavenencias. Yo nunca educo perros en nuestra residencia.

## 2. Las terapias etológicas

El término "terapia etológica" constituye una contradicción importante. La etología, definida como el estudio científico de la conducta de los animales, es *observacional... nunca intervencionista*. Aunque un etólogo o una etóloga puede manipular una situación, el propósito es siempre el de *ver* lo que sucede, *jamás de modificar el comportamiento*.

Se podría apañar una justificación para usar este término en base a que las terapias se configuran a partir de la observación, pero en realidad es imposible hacer un seguimiento mínimamente riguroso en una casa particular. *Terapia es modificación...* y mezclar ambos conceptos tiene más de marketing que de ciencia.

Esta etología canina sistematizada apareció en Cataluña, como he mencionado anteriormente, hace unos diez años... y no parece haber avanzado. Basando sus terapias en listas de instrucciones (muchas veces inútiles y que no ayudan a entrar en una dinámica nueva y precisa) y en la medicación con psicofármacos poco estudiados, estos dos métodos constituyen una barrera que impide que los mismos profesionales adquieran la experiencia imprescindible para modificar el comportamiento de ese perro que se presenta en su consulta o que van a ver a casa del cliente.

En numerosas ocasiones, se hace coincidir el comienzo de una ingenua terapia conductual con el inicio de la

medicación psicotrópica, así imposibilitando saber cuál de los dos tratamientos ejerce qué efectos sobre el animal.

Lo más desconcertante para mí de este ámbito, sin embargo, son los casos que me llegan después de pasar por algún intento de corrección. Es la sencillez con que la gran mayoría de los problemas se resuelve en muy poco tiempo lo que hace que tanto los propietarios como yo nos preguntemos cómo se ha organizado este desmadre. Aunque estoy convencido de que la incompetencia se debe casi exclusivamente a la falta de preparación, hace poco me enteré de algo realmente escalofriante.

Una pareja de un pueblo cerca de Barcelona había ido a buscar un cachorro de *gos d'atura* a la casa de un criador particular. Entre los pequeños, había una hembra de cinco meses que les dió pena. Se la quedaron y le dieron un nombre que me gusta mucho: Fada.

Me ocupé del caso porque me llamó su veterinaria para pedirme que le hiciera una visita. Según la propietaria, Fada era "como un mejillón". Ni se movía ni se ilusionaba por nada y la familia estaba francamente preocupada. Fui a ver a la perrita y expliqué a sus dueños lo que debían hacer para desinhibirla. Como no hacía falta mayor intervención por mi parte, me despedí, rogándoles que me telefonearan si tuviesen cualquier duda.

No fue hasta al cabo de un año que volví a tener noticias de esta pareja, cuando trajeron a Fada a nuestra residencia para que pasase una semana con nosotros. No me dieron tiempo para preguntar cómo había ido la terapia porque enseguida cantaron la victoria terapéutica que ellos mismos habían logrado. Supe, por su animado relato, que se habían empleado a fondo, siguiendo todos los consejos que les había dado al pie de la letra. Ahora, Fada era alegre y cariñosa, pero...



El éxito obtenido les hizo recordar una “mala experiencia” que no me habían contado y que podía haber acabado trágicamente. Antes de que yo contactara con ellos, habían ido a parar al peor lugar posible: la guarida de *Uriah Heep*\*, quien sin mirar prácticamente a la perrita les dijo que era algo muy complejo que él no entendía (un rayo de honestidad inusual) e intentó persuadirles para que le donaran a Fada “para hacer experimentos”. Evidentemente, se negaron.

Antes de continuar, debo insistir en el hecho de que, aunque he comentado la ingenuidad que prevalece en el campo de esta etología canina, estoy convencido de que también predomina la buena fe. He mencionado a este individuo porque, desgraciadamente, existe y, por lo tanto, hay que ir con cuidado. Aunque sus fechorías son muchas y variadas, por lo demás, no me cabe duda de que este tipo de conducta es completamente aislado e insólito. Ahora bien, si alguien intenta hacerte sacrificar a tu perro por un problema de comportamiento, busca segundas opiniones.

### 3. El adiestramiento a domicilio

Al ver el título de este apartado, algunas personas pueden pensar: “Ahora, éste va a decir que el adiestramiento a domicilio es la mejor opción porque él se dedica a ello.” A lo cual respondo que hay otra posibilidad: precisamente que, si me dedico a ello, es porque me parece la mejor opción. Al fin y al cabo, nadie me obliga. Someto, pues, mis argumentos a tu criterio.

A pesar de haber apuntado alguna de las siguientes consideraciones con anterioridad, puedo resumir las ventajas de trabajar con las personas que conviven con el perro en los lugares que más frecuentan de la siguiente manera: **El ABC** de mi especialidad. **Aprendizaje:** Al enseñar a las personas y a los perros juntos, se asegura que éstos obedezcan a aquéllas en sus propias casas y barrios antes de dar por finalizadas las sesiones; **Bienestar:** No hay que desprenderse del animal durante el período de enseñanza, con la consiguiente preocupación humana y desorientación canina; **Control:** Los miembros de la familia controlan, en todo momento, tanto el trato que recibe su perro como los progresos durante el programa de educación.

\*Uriah Heep: malévolo personaje de la novela *David Copperfield* de Carlos Dickens.

Dicho enfoque permite enseñar con facilidad a perros de prácticamente cualquier edad y raza a caminar al lado de sus dueños en la calle sin estirar de la correa, ladrar a sus congéneres o coger porquerías del suelo, mientras que, en casa, las mascotas aprenden cosas como “¡No saltes a la abuela!” o “¡Saca tu hocico de la mesa!”. Las posibilidades son infinitas y adaptables a la medida de cada familia. La vida real es el único marco ideal para corregir comportamientos que se presentan en la vida real y que pueden incluir muestras de agresividad o de miedo y mucho más.

Por eso, se me ocurrió esta manera de enseñar hace casi cuarenta años, a partir de cuyo momento comenzó a imponerse de modo sorprendente, sin la necesidad de separación ni, por supuesto, medicación. Mientras no se demuestre lo contrario, para mí es la mejor.

## EL CONTENIDO DEL LIBRO

Empezaremos con una descripción bastante extensa de algunos de los pormenores de la naturaleza y comportamiento del lobo, antepasado común ya indiscutido de cuantas variopintas razas caninas existen en la actualidad. Esta información ayudará a definir cuáles son las principales predis-



posiciones conductuales de nuestro perro de compañía y, por lo tanto, a prever cómo puede comportarse cualquier miembro de su especie en una circunstancia determinada. Incluiré alguna pincelada sobre la evolución de nuestra especie también\*.

Pasaremos a estudiar el proceso de domesticación que transformó la esencia de dicho predador salvaje en la bola de pelo que comparte nuestro hogar y nuestro afecto. Así, veremos que algunos rasgos temperamentales fueron favorecidos por la interacción con nuestros propios antecesores, quienes sacaron mucho provecho de su nuevo colaborador.

Siempre procuraré incluir definiciones de los conceptos que empleo porque, no por oírse con frecuencia términos como: instinto, dominancia, temperamento, ansiedad, jerarquía y un largo etcétera; hemos de suponer que significan exactamente lo mismo para todo el mundo.

Seguidamente, consideraremos la elección y llegada a casa del cachorro, comparando sus necesidades con las nuestras, con el fin de establecer una normativa beneficiosa que fomente la buena convivencia.

\* Si te interesa saber más sobre evolución humana, de la mano del autor, tienes su Breviario gratis en PDF en [www.kensewell.com](http://www.kensewell.com), en el apartado de Libro. Para más referencias, leer el libro “Viaje al fascinante mundo del Origen de las Especies”, de Ken Sewell. Edit. RBI.

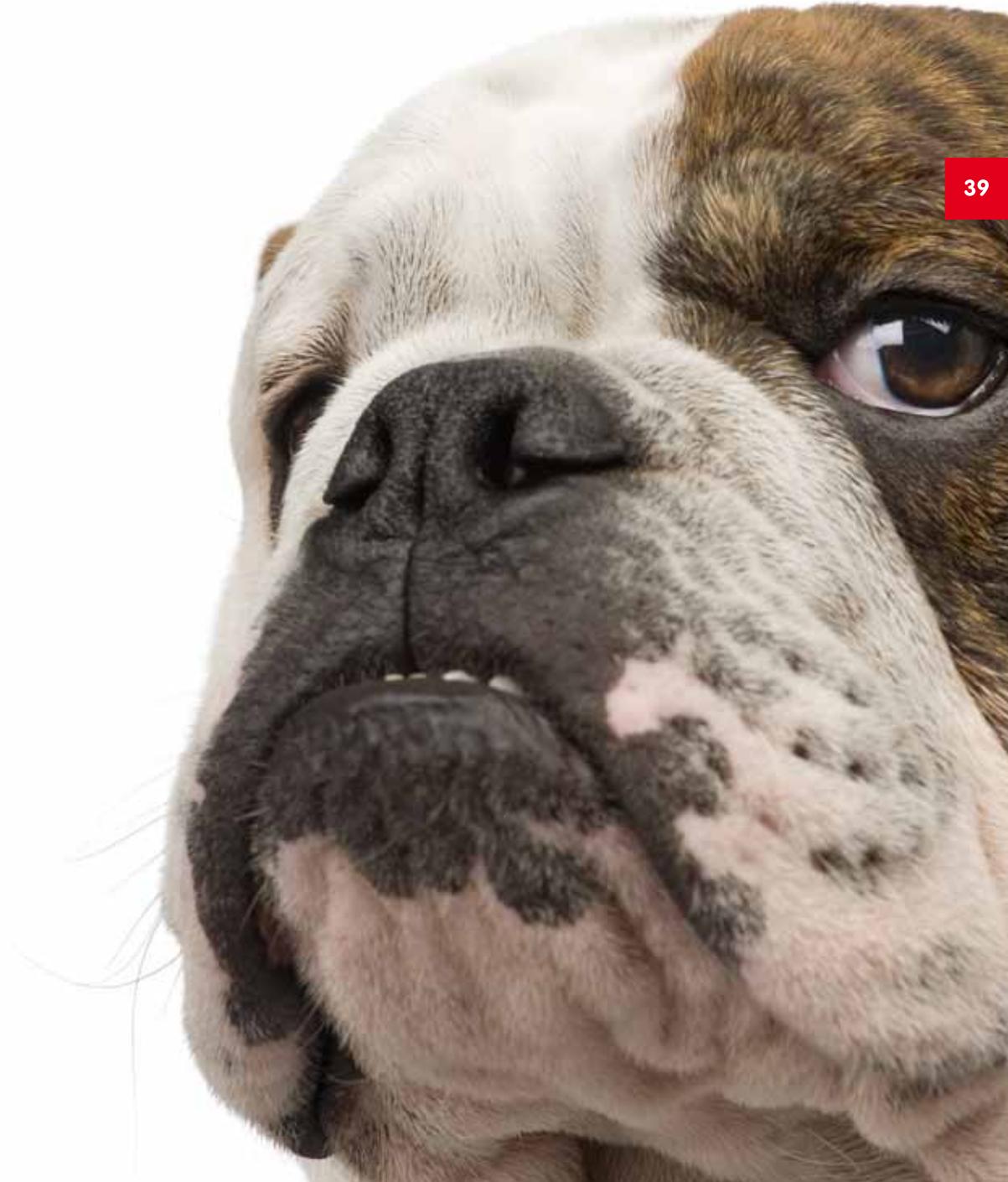
Después, vendrán explicaciones detalladas de cómo conseguir que tu perro te obedezca, para hacer más cómoda la relación: no estirar de la correa en el exterior o quedarse quieto en un sitio son sólo dos ejemplos entre muchos. Te enseñaré también cómo modificar algún hábito indeseado de tu mascota sin tener que darle ninguna orden.

Las anomalías del comportamiento canino son el siguiente tema a tratar. Al hablar de cada una de ellas, como el miedo o la agresividad, se indicarán los enfoques terapéuticos más adecuados. Finalmente, expondré algunos de los casos\*\* más típicos que trato; casos reales con personas reales como tú; y perros reales como el tuyo. El último capítulo incluirá un repaso de lo expuesto y la bibliografía.

Por el momento, espero de todo corazón que este libro te sirva para entender a tu perro, para resolver cualquier problema que tengas con su comportamiento y para que satisfagas todas las ilusiones que motivaron su adquisición.

*Ker Sewell*

\*\* Para ver 10 casos reales, entra en [www.kensewell.com](http://www.kensewell.com), en la sección Adiestramiento, apartado Casos; donde también tendrás acceso a 2 PDF's gratuitos de artículos sobre: 1. Terapias de conducta y 2. La medicación con psicofármacos.





# capítulo 1

## Cánidos y Homínidos



# Cánidos y Homínidos

Es tanto el bienestar que nos produce contemplar aspectos benignos de la naturaleza, que nos crea y nos abastece, que tendemos a olvidar que es una influencia implacable que avanza sin diseño ni fin, favoreciendo lo útil y aniquilando lo desafortunado a su paso. Todo es coincidencia.

Tanto los lobos como nosotros fuimos engendrados por procesos naturales que, a través de un sinfín de pequeñas coincidencias físicas y químicas, provocan cambios en el entorno atmosférico, geológico y biológico. Son estas fluctuaciones medioambientales las que ejercen de promotores o verdugos insensibles, aleatoriamente, sobre el infinito número de minúsculos cambios bioquímicos que han esculpido nuestros inverosímiles linajes desde hace millones de años. Solamente un entorno estable permite crear organismos vivos, porque ningún proceso puede adaptarse a lo imprevisible.

El lobo fue *inventado* por y para la predación carnívora en el monte, como ser veloz y resistente, social y flexible; capaz, a fin de cuentas, de llegar hasta nuestros días. Nosotros, descendientes de simios comedores de frutos y hojas de la selva, compartimos muchos rasgos sociales con el lobo. Sin embargo, la expansión sin precedentes del cerebro humano - ese único aparato conocido capaz de plantearse cómo *deberían* ser las cosas- es el motivo por el que todos los demás animales parecen haberse *quedado atrás*. Ahora bien, no por ello deja de existir una continuidad evolutiva entre todas las especies, incluyendo la

nuestra, cuyos momentos de divergencia pueden rastrearse hasta épocas de un pasado remoto.

En la medida en que nos adentremos en la estructura social del lobo, destacarán hechos que nos recordarán nuestra propia sociedad y, más especialmente, la naturaleza de nuestro perro de compañía, que es el tema que nos ocupa.

Un aspecto de la existencia que compartimos con el lobo es la vida en grupo. Si este estilo de vida no constituyera en casos concretos una estrategia eficaz para aumentar las probabilidades de supervivencia de los miembros de la comunidad, ningún animal sería gregario. Sin embargo, las ventajas que ofrece dicho modo de vivir, principalmente en la localización de comida y agua y en la defensa contra predadores, exigen el pago de tributos en forma de limitaciones sobre la libertad del individuo, sea jefe o último mono. Nadie decide ser gregario o solitario. Una casualidad que funciona se codifica en los genes y se propaga... hasta que deje de funcionar.

Hay, básicamente, dos influencias que han configurado y moldean el comportamiento del lobo y de su manada: factores físicos, como el clima y el terreno que, a su vez, ejercen un efecto sobre la abundancia de presas y; factores sociales, cuya base genética se va modificando mediante el aprendizaje que supone la convivencia dentro del grupo. La base social de una manada de lobos, igual que sucede en el caso de la familia tradicional humana, es la pareja reproductora que, típicamente, mantiene una relación monógama durante tres o cuatro años. Esta poligamia serial viene presagiada por la diferencia promedio de tamaño entre machos y hembras.

En nuestra especie, existe una diferencia de estatura media -llamada dimorfismo sexual- entre la mujer y el hombre de un 15% aproximadamente. Esta herencia, legado de antepasados homínidos y atenuada en nuestro caso, todavía denota una predisposición a la poligamia, ya que la mayor corpulencia del varón se debe a la necesidad de defender de otros machos su acceso a las hembras disponibles. Los monógamos gibones; el simio de menor tamaño, que vive en el sudeste asiático; no presentan dimorfismo sexual alguno, mientras que el gorila macho, que rige un harén, alcanza el doble del tamaño de sus hembras.

Entre las variantes minoritarias más frecuentes de la pareja temporalmente estable, tanto tratándose de lobos como de humanos, figuran: un macho adulto con dos hembras adultas; un macho adulto que trae a su hijo adolescente a vivir con su nueva pareja; una hembra adulta con su nuevo compañero y el hermano menor de este; pudiendo darse varias otras combinaciones de la pareja reproductora con parientes de cualquiera de los dos o ambos. Esta situación se debe, sin duda, a que los genes ejercen un efecto de imán entre parejas reproductoras y parientes cercanos que es compatible con el compromiso de la pareja. En nuestro caso sucede lo mismo, aunque una proporción significativamente elevada de conflictos domésticos es causada por enfrentamientos entre un miembro de la pareja y el o la pariente del otro. Se ve que les cuesta a los genes derrochar energía para tener atenciones con un ser no emparentado.

La sexualidad humana es infinitamente más compleja que la de los lobos a pesar de que la fuente de ambas sigue siendo el cumplimiento del intransigente mandato genético de procreación máxima. Hay que tener presente que, por muy inteligentes que hubieran sido nuestros antepasados, sino hubieran sido también empedernidos copuladores, hoy no estaríamos aquí.

Manada de lobos.



Foto: Gibón



Mientras que el lobo, constreñido por la precaria disponibilidad de la caza, es casi siempre fiel a su compañera durante un período de tiempo previsible, existen otras estrategias biológicas para tener y mantener la descendencia. Nuestro pariente más próximo, el chimpancé común, organiza un auténtico trabajo de equipo. Esta especie practica un sistema de apareamiento en el que un grupo de machos, dominantes y emparentados, intenta acaparar los favores de las hembras más apetecibles. Se trata de una oligarquía fraternal. Los chimpancés muestran un dimorfismo sexual acusado, sin llegar a la proporción del gorila. Aunque ningún macho sabe con certeza si un bebé es suyo o no, resulta genéticamente rentable que cada uno colabore en la crianza y protección de todos porque cualquiera *podría* ser suyo.

Otro pariente cercano a nuestra especie es el bonobo o mal llamado chimpancé pigmeo (porque es del mismo tamaño que el chimpancé común). Es un consumado artista del erotismo



Chimpancé común.

bisexual, que le sirve para disolver tensiones sociales, estimular el reparto de comida y cimentar amistades. Podríamos conjeturar que, en esta especie, hallamos una explicación natural de los intercambios homosexuales en cualquier animal. Dichas relaciones no contribuyen directamente a la procreación pero sí pueden influir de modo positivo en la estabilidad del grupo, lo cual potencia indirectamente la transmisión de los genes del colectivo a futuras generaciones.

Los chimpancés, sin ser nuestros antepasados, son la prueba viviente de que el beso, el abrazo, la mirada de latin lover, la cópula en la postura del misionero, la entrega sexual a cambio de manjares especiales... en fin, que *todo* nos viene de muy lejos.

Como la finalidad biológica de toda sexualidad es tener la máxima descendencia posible, veamos de qué manera nos organizamos cánidos y homínidos en el terreno de la crianza de nuestros pequeños. La extensión natural de la pareja reproductora es ésta con su prole. En el caso de los lobos, una camada de cinco o seis cachorros nace normalmente a principios de la primavera, para que sus necesidades nutricionales coincidan con los nacimientos de los herbívoros, su mayor fuente de comida. De esta manera, los lobeznos ya tienen una edad suficiente para poder seguir a los mayores en las cacerías de presas grandes antes de que lleguen los rigores del siguiente invierno. El nacimiento de una camada desencadena embarazos psicológicos en algunas de las hembras que no están preñadas, condición que quizás potencie o simplemente refleje su disposición para participar en los cuidados de los neonatos.



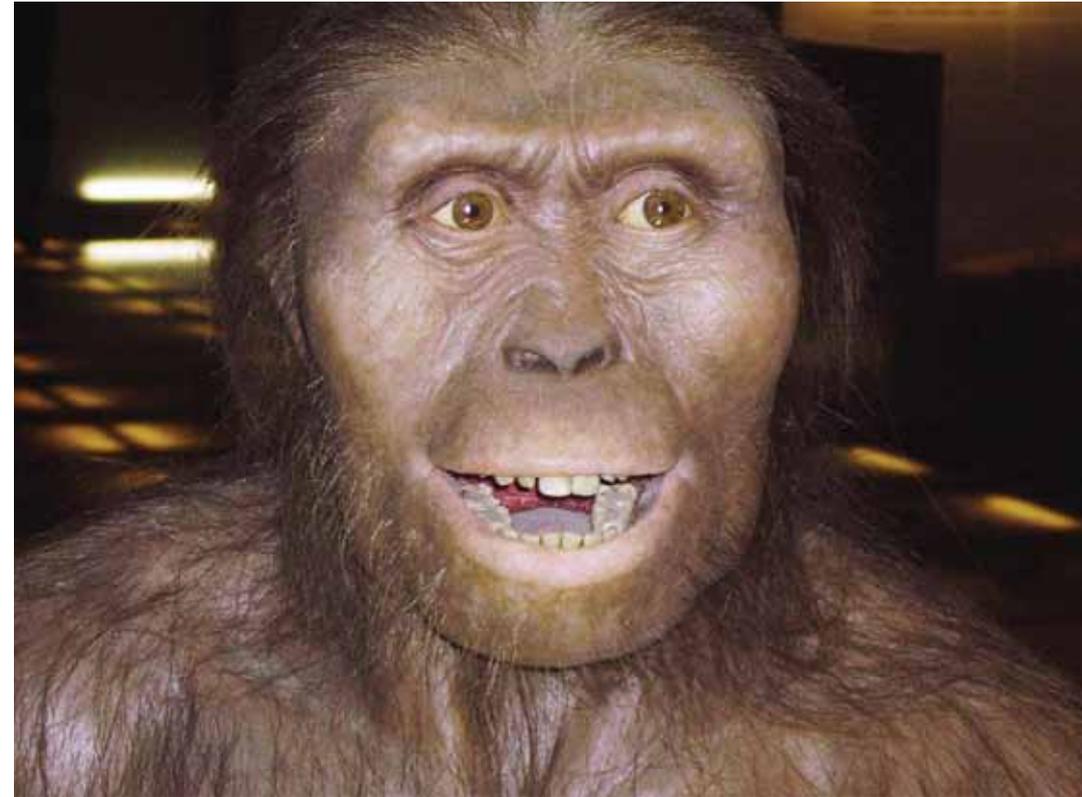
Hijos e hijas permanecen con sus padres entre diez y cincuenta y cuatro meses (el máximo tiempo registrado), para después ir en busca de su propia pareja y fundar una nueva manada. El máximo número constatado de integrantes de una manada es de cuarenta y dos, aunque el promedio es muy inferior a esta cifra. En un diez o veinte por ciento de los casos, la manada adopta a un extraño, que con toda probabilidad será macho y adolescente. Por lo demás, los lobos adultos que se acercan a la manada serán perseguidos, atacados o muertos.

La monogamia imperante no es ni universal ni obligatoria pero, como la época de celo dura más o menos un mes cada año, el macho tiene pocas probabilidades de fecundar a otras hembras y le resulta relativamente fácil ser fiel a la suya, quien conserva su apoyo con los pequeños. La ayuda del macho con los cachorros puede incluir arreglos en la guarida, situada lejos de los peligros de la periferia del territorio, la entrega de comida a la hembra y/o a los cachorros y la defensa de los mismos.

Los adultos y los jóvenes del año anterior de ambos sexos participan en los cuidados de los pequeños, lo cual constituye una inversión proporcional al vínculo genético de los "tíos" y "tías" en la propagación de parte de sus propios genes. No obstante, no son desconocidas situaciones en las que una hembra, o incluso un macho, haya criado a su prole en solitario.

Para nuestros antepasados, una acelerada dinámica de transformación impuso sus directrices ya en un pasado prehistórico lejano. Hace algo más de siete millones de años, se inició la transición entre la locomoción terrestre de los grandes simios, que emplean los nudillos de las manos como apoyo al andar, y el bipedismo característico de los homínidos. La palabra "homínido" se refiere simplemente a un primate que camina erguido. Andar derechos fue clave en nuestra evolución por dos motivos principales: permitió que nuestras manos, que ya no servían de apoyo, se volvieran cada vez más flexibles y capaces de manipular objetos con precisión; y provocó la rotación de la cabeza hacia delante para compensar la postura más vertical del cuerpo. Este giro, que implicaba una cierta presión sobre la laringe, fue el punto de partida de nuestra humanización, al otorgarnos la capacidad para articular los primeros sonidos de lo que sería, con el paso de mucho tiempo, la complicadísima y única mecánica lingüística que engrana todos los idiomas que existen hoy en día.

Reconstrucción científica de un Homo Habilis. Foto de Lillyundfrey. Creative Commons.



Australopithecus afarensis a CosmoCaixa, Barcelona, Catalunya. Creative Commons.

A diferencia de la loba, la hembra prehumana, recogedora de frutos y bayas, no podía tener más de un bebé a la vez, por el peligro de quedar inmovilizada y a merced de la benevolencia ajena para alimentarse. Por eso, sólo excepcionalmente hay nacimientos múltiples en nuestra especie. El período de lactancia en el caso de los homínidos era de unos cuatro años, durante los cuales una hormona llamada oxitocina, liberada por el succionamiento de los pezones, mantenía a la hembra estéril (igual que en la actualidad). De esta manera, el siguiente bebé no podía nacer hasta que la madre estuviera libre de la tarea de llevar al anterior siempre a cuestas.

La carne procedente del carroñeo en cantidades cada vez mayores, gracias al uso de rudimentarios utensilios de piedra, potenciaba un progresivo aumento en el tamaño del cerebro del bebé. Dicha expansión cerebral ofrecía enormes ventajas como fábrica de previsión en el adulto, porque facilitaba un mejor reconoci-

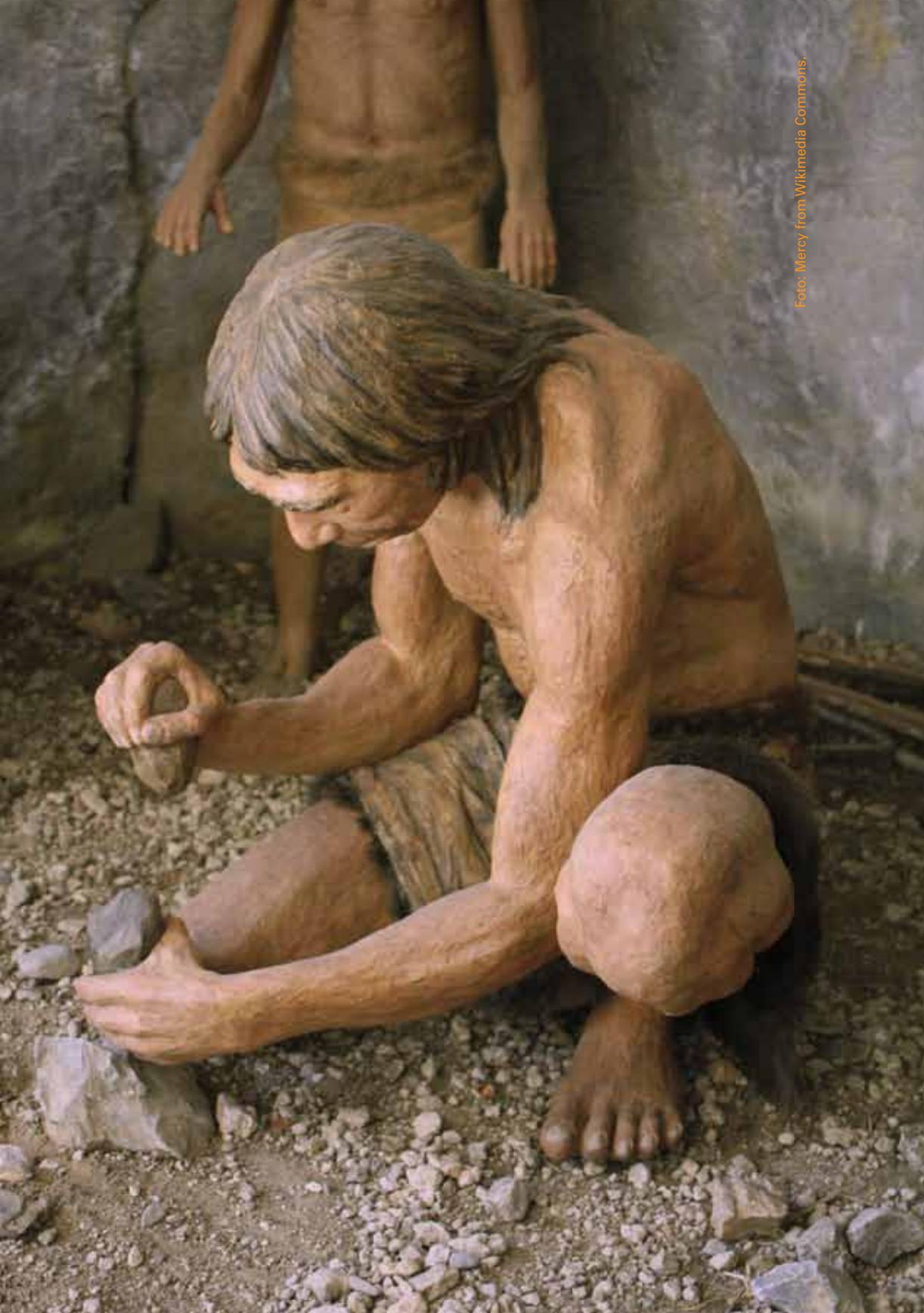


Foto: Mercy from Wikimedia Commons.

miento de los indicios de la presencia de agua, comida y abrigo y una mayor capacidad de memoria para recordar su ubicación.

Mientras se hacía más compleja nuestra cultura material, otra aportación clave de un cerebro más grande sería un incremento significativo en la habilidad para la comunicación y organización social, indispensables para aprovechar y conservar recursos y para coordinar la defensa de la comunidad ante predadores y rivales. Con todo ello, el período de aprendizaje de los jóvenes se alargaba mucho, obligando al macho a prestar una asistencia más asidua. Con el fin de mantener el apoyo del macho, la disponibilidad sexual de la hembra dejó paulatinamente de limitarse a determinadas épocas del año.

Debido a esta necesidad de dedicar más tiempo a los cuidados y preparación de los pequeños, sucedió algo insólito: Una madre mayor no podía ser de gran utilidad a un hijo propio, quien quedaría desamparado si ella moría durante su infancia. En



Cráneo de fósil Australopithecus afarensis de Lausanne Natural History Museum in Rumin palace Australopithecus afarensis. Foto de Rama Creative Commons.



Cráneo de fósil Homo sapiens sapiens de "the Aurignacien of Combe Capelle". Foto del Dr. Günter Bechly. Creative Commons.

cambio, si dejaba de reproducirse, sí podía ser de gran ayuda a sus nietos y nietas, ocupándose de ellos mientras su propia hija seguía reproduciéndose. Ésta sería más prolífica y se impondría la nueva estrategia, contenida en los genes de su descendencia. Así fue y el resultado fue tan arrollador que, hace aproximadamente un millón de años, nuestras antepasadas comenzaron a quedarse estériles mucho antes de morir, con la aparición de la menopausia.

A pesar de las ventajas que comportaba, la transformación encefálica del bebé implicaba un peligro enorme. El canal del parto no podía ensancharse lo suficiente para compensar el aumento del tamaño craneal porque la pelvis sirve de soporte corporal. El parto empezó a ser doloroso, muy doloroso, incluso teniendo en cuenta que el cráneo no se suelta hasta el año de vida para amortiguar la dureza del tránsito. Ésta fue, sin embargo, la única solución de compromiso que encontró la biología para lograr el cerebro más grande posible con el menor riesgo. El despegue humano estaba en marcha, arropado por comunidades cada vez más sofisticadas, numerosas y colaboradoras, mientras los demás animales quedaban poco menos que estancados.

Volviendo la mirada nuevamente hacia los lobos, veremos que el motivo de su relativo estancamiento es el buen grado de adaptación que muestran a su entorno y a su cometido cinegético. Tal grado de eficiencia ralentiza enormemente el proceso de evolución.



El desarrollo de los jóvenes lobitos se divide en cuatro períodos: El período neonatal, entre el nacimiento y la apertura de los ojos entre el doceavo y catorceavo día; el período transicional, desde la apertura de los ojos hasta el día veinte; el período de socialización, del día veinte hasta el día setenta y siete aproximadamente y el período juvenil, desde entonces hasta la madurez.

Durante el primer período, el comportamiento del recién nacido se resume como: la búsqueda de calor, el acurrucamiento, el lloro cuando siente dolor y el lloriqueo cuando tiene frío, hambre o se encuentra aislado. Responde a los lamidos de su madre para orinar y defecar y ella permanece junto a la camada la mayor parte del tiempo.

Al inicio del segundo período, los pequeños empiezan a aguantarse de pie y a andar. Su radio de exploración aumenta lentamente en la medida en que sus facultades de percepción sensorial se van desarrollando. El olfato y el tacto predominan al principio con respecto a la vista y el oído. Ahora es cuando comienzan a reconocer a los miembros de la manada, especialmente a parientes, y a aprender rápidamente acerca de su entorno en general. Sus vocalizaciones se diferencian y se asocian a contextos específicos.

El período siguiente es el de franquear los linderos de la guarida y de solicitar atención de otros miembros de la manada. Los cachorros también comienzan a ingerir comida sólida y a esconderse de lo nuevo. A partir de la quinta semana de vida, se empiezan a coordinar mejor y sus exploraciones traspasan el medio kilómetro de radio. Adquieren una respuesta de seguimiento a adultos conocidos y los que se alejan del grupo son llevados de vuelta por la madre u otra hembra emparentada. A esta edad, se ponen a salvo solos de las inclemencias atmosféricas y de los predadores. Entre la quinta y la décima semana, se vuelven autónomos, dedicándose a continuar aprendiendo acerca de su entorno físico y social. En la medida en que van independizándose de la leche materna, tienden a correr hacia cualquier adulto que se acerca para rozar su boca con el hocico. Si el adulto tiene el estómago lleno, este estímulo le hará regurgitar comida automáticamente. Cuando sobra comida, los lobeznos pueden esconderla para recuperarla en momentos de menor abundancia.

La duración de los ratos de actividad se incrementa con el fin de ejercitarlos en la interacción social. El juego, no obstante, suele implicar muy pocos intercambios agresivos fuera del contexto de la comida. En la mayoría de los casos, las pautas lúdicas se componen de acciones de caza, de comunicación a distancia, de repeticiones y exageraciones placenteras y de cambios de papeles, en los que el perseguidor es perseguido y viceversa. También existe el juego dirigido hacia un objeto. Jugando, practican las actividades e interacciones de la madurez.

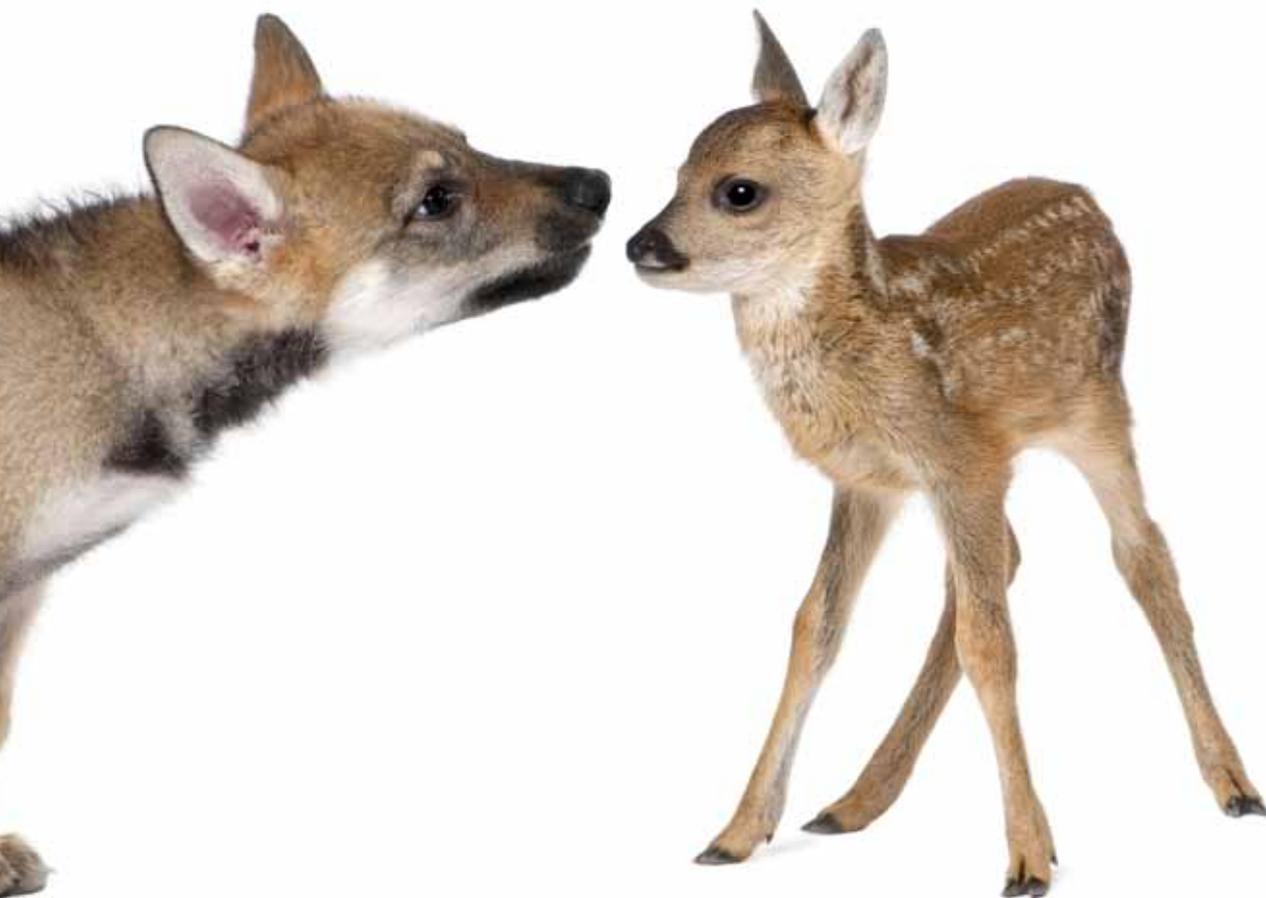
Del período de socialización en adelante, las asociaciones de los cachorros con miembros mayores de la manada, hasta que abandonan ésta, ofrecen importantes oportunidades para aprender las técnicas de la caza, cuyo componente de coordinación aún resulta cuestionable; no así el hecho de que los comportamientos básicos son heredados, dejando menos trabajo al papel



del aprendizaje. La mayoría de los lobeznos abandonan la manada entre los diez y los treinta y seis meses de edad.

Si tienden a quedarse con su familia más tiempo que otros mamíferos, es porque el subsidio paterno les va bien. Desde el punto de vista paterno, la continuada presencia de los hijos e hijas puede suponer la mejor forma de velar por su inversión genética, con protección y enseñanza. En términos de evolución, es posible que la caza en grupo sea una consecuencia de vivir en grupo y no al revés. Puede que el impulsor del crecimiento numérico de las manadas que se abastecen de animales grandes sea la nutrición de los jóvenes, que comparten la carne que sobra. Dicho de otro modo, parece ser que las presas grandes permiten que la manada sea grande, pero no exigen que lo sea. Los lobos jóvenes presentes en la manada quizás sean de varias generaciones y, a los seis meses, ya comen la misma cantidad que los adultos.

Para alimentar a toda la manada, hay que mantener la exclusividad sobre una gran extensión de tierra. Las presas del lobo son



todos los mamíferos grandes que viven en sus dominios, aunque puede comer cualquier otro animal, carroñear y entretenerse con frutos y bayas. Los linderos son marcados a cada doscientos cuarenta metros aproximadamente con un chorro de orina en alguna superficie elevada. Cuando rascan la tierra con sus patas traseras, las glándulas interdigitales liberan una sustancia que refuerza este olor.

La defecación quizás lleve un olor que procede de las glándulas anales. Los lobos dejan el doble de marcas en la periferia de su territorio que en el centro y el efecto de esta marcación dura entre dos y tres semanas. Aunque la elevación de la orina depositada ayuda a dispersar su mensaje, las distancias de efectividad son cortas y el aullido, que también tiene otras funciones, completa la estrategia de advertencia. En zona forestal, un lobo puede oír un aullido hasta a once kilómetros; en terreno abierto, hasta a dieciséis.

El típico patrón familiar descrito no es inalterable ni mucho menos. La emigración de los jóvenes y la inmigración de extraños, la muerte por enfermedad, por peleas con manadas vecinas o por los desastres ocasionados por armas de fuego y trampas hacen estragos en el núcleo original de padres y descendientes. Esta renovación continua dificulta el establecimiento de un equilibrio entre comportamientos de cohesión y de conflicto, para lo cual hay que conocer el carácter de los demás o, lo que es lo mismo, poder prever sus reacciones con el máximo acierto posible. Aquí, la comunicación juega un papel imprescindible que amortigua los errores de interpretación con sus tentativas a distancia.

Con tanto pariente en el grupo estable, podría parecer extraño que no se apareen entre sí. Sin embargo, a pesar de lo que nos han contado de Adán y Eva, las relaciones incestuosas son biológicamente inviables porque potencian la expresión tanto de rasgos beneficiosos como de defectos. En la mayoría de los casos, podemos prescindir de los primeros. En cambio, es posible que los segundos sean, literalmente, de vida o muerte. Este tipo de relación, tipificado por la consanguinidad de algunas familias reales es, por tanto, infrecuente cuando los mamíferos en general tenemos acceso a parejas no emparentadas. Los lobos excluidos temporalmente de la reproducción soportan su abstinencia sin tensiones.



# capítulo 2

## La comunicación lobuna



# La comunicación lobuna

La inteligencia puede definirse como la capacidad para aplicar conocimientos obtenidos de la experiencia a problemas nuevos y se divide en dos clases: la colectiva, resultado del efecto acumulativo de la resolución de situaciones vitales durante la historia de muchísimas generaciones de antepasados, que da lugar a un repertorio de predisposiciones transmitidas genéticamente; y la individual, que se adquiere mediante las vivencias directas de cada animal.

Mientras la naturaleza de las manifestaciones de inteligencia lobuna en su entorno natural ha imposibilitado, hasta la fecha, la recopilación de información útil al respecto, las señales olfativas, sonoras, visuales y táctiles empleadas en la comunicación facilitan la observación de intercambios y, por tanto, el registro de datos. Cada especie crea sus propias representaciones del entorno en el cerebro por medio del procesamiento de estímulos físicos, mecánicos y químicos; de modo que, antes de describir la comunicación en sí, convendrá saber cómo funcionan algunos órganos que le sirven de base.

## EL OLFATO

Lo que llamamos olor es el fenómeno causado por partículas volátiles que se desprenden de la superficie de las sustancias y

que, al entrar en contacto con los órganos sensibles correspondientes de los animales, causan una reacción que permite una *interpretación* cerebral significativa. En comparación con el “rey de la creación”, lobos y perros son auténticos colosos de la detección olfativa, hasta el punto de requerir cálculos numéricos para cuantificar un rendimiento que jamás podremos experimentar.

Nuestro tejido olfativo sensible a la percepción de olores es de entre 2 y 4 centímetros cuadrados, al servicio de los cuales hay unos 5 millones de células receptoras ubicadas en cada cavidad nasal. La comparación con entre 20 y 200 centímetros cuadrados de tejido sensible canino, según la raza, y con sus hasta 250 millones de células receptoras da una ligera idea de nuestra desventaja en este campo.

Por ejemplo, existen cifras científicamente comprobadas que evidencian, según la sustancia, una percepción 10.000 veces

más eficiente que la nuestra. El ácido butírico es un componente que confiere al sudor un olor unipersonal tan estimulante para el perro que le permite detectar diferencias entre sus particularidades en gemelos univitelinos durante cualquier época de sus vidas. Se ha calculado que, en este caso, la capacidad canina nos podría superar en hasta 100 millones de veces.

En cuanto a la localización de un olor, los cánidos perciben levisimas diferencias entre las concentraciones de partículas olfativas que llegan a cada fosa nasal e informan acerca de la dirección aproximada de su procedencia. Si el animal reorienta su nariz con movimientos tanto horizontales como verticales de la cabeza hasta que las concentraciones se igualan, averiguará la dirección exacta.

## LA AUDICIÓN

La percepción auditiva comienza con las vibraciones de una membrana muy sensible llamada tímpano, causadas por la presión de ondas sonoras, que proceden del exterior, después de su paso por el canal auditivo. La transmisión mecánica de estas vibraciones a través de tres huesos minúsculos genera, en el fluido de la cóclea, una onda que activa otra membrana. De aquí, la transmisión pasa por los receptores auditivos, que responden de manera diferente a distintos tipos de vibración, hasta estimular el nervio auditivo y, después, el tálamo.

Los perros oyen sonidos que se sitúan entre los 15 y los 60.000 ciclos por segundo (cps). Lindsay emplea un ejemplo que repetiré para traducir estos números en un lenguaje comprensible: “28 cps es la frecuencia de la nota más grave del piano y 4.180 cps, la más aguda”. Nuestra audición abarca un registro de alrededor de 20.050 cps. Por lo tanto, lobos y perros perciben tanto olfativa como auditivamente una versión del mundo que nos rodea muchísimo más detallada que la nuestra.

Además de tener la posibilidad de orientar independientemente los pabellones auriculares como si fueran pantallas de radar, la ubicación exacta de fuentes de sonido implica finos cálculos cerebrales. De hecho, los cánidos son capaces de evaluar en fracciones de millonésimas de segundo el tiempo que separa la llegada de un sonido a ambos oídos.



## LA VISTA

Para distinguir una baya comestible de una mortífera, una buena visión cromática puede salvarte la vida. En cambio, cuando cazas un herbívoro para comértelo, seguramente no prestas una excesiva atención a su color. Son precisamente las ventajas que supone tener una visión nítida con poca luminosidad, para la caza crepuscular, y la rapidez con que la vista informa sobre los movimientos corporales de la presa, las que han hecho que los cánidos vean el mundo de una manera distinta de la humana.

Las células que componen su retina y que captan los fotones de luz que proceden del exterior se dividen en dos grupos cuyos nombres reflejan las formas celulares: los bastones, encargados de la visión tonal de contrastes entre claro y oscuro; y los conos, sensibles a la captación de los colores y de los detalles. Con tan sólo un 3% de conos, su visión cromática es pobre en comparación con la nuestra, aunque no tanto como se había llegado a creer.



Años atrás, se postulaba una diferenciación cromática tan rudimentaria en los cánidos que se comparaba la imagen supuestamente percibida con la de una fotografía antigua en tonos sepia. No obstante, a principios de la década de los 90, se demostró que los perros distinguen entre la gama de colores que va de azul a violeta y la que va del amarillo a verde. Los perros probablemente ven como matices del amarillo o del azul colores que no son capaces de aislar, como el rojo o el naranja.

Los períodos de mayor actividad de los lobos, el alba y el anochecer, ofrecen condiciones lumínicas pobres que se compensan gracias a la acción de una sustancia química fotosensible, llamada rodopsina, que está presente en los bastones. La rodopsina sufre una alteración transitoria cuando recibe la energía de la luz y produce una señal que se transmite al cerebro a través del nervio óptico. Sin embargo, el aumento de la sensibilidad a la luz y al movimiento así logrado comporta una pérdida de detalle visual, causada por las conexiones sinápticas que subyacen a este proceso.

La presencia de una superficie reflectante detrás de la retina, el *tapetum lucidum*, potencia aún más la sensación de luminosidad en el ojo porque, cuando llegan fotones que no han sido absorbidos, esta estructura los vuelve a dirigir hacia los bastones, donde hacen reaccionar la rodopsina de nuevo.

## LA COMUNICACIÓN SOCIAL

La comunicación social es la transferencia de información mediante el uso de señales que suponen alguna variación en el aspecto y/o comportamiento del comunicador.

Muchos desenlaces perjudiciales para individuos y, por consiguiente, para comunidades se pueden evitar si existe una comunicación previa que defina las intenciones. A tal efecto, se emplea una extensa gama de señales que admiten tanto la combinación entre sí como la cuantificación. En el primer caso, se amplía el contenido de un mensaje mientras que, en el segundo, se expresa una disposición más o menos intensa. Cada señal corresponde a un mensaje concreto, pero sus combinaciones abarcan situaciones que van desde la cooperación hasta la

rivalidad. La naturaleza de una señal es el elemento heredado de la comunicación y su grado de expresión es obra del aprendizaje.

Así, por ejemplo, los genes del lobo “saben” que, para parar los pies a otro, deben levantar los belfos; pero será el individuo quien aprende hasta dónde debe levantarlos, según los resultados que obtiene en cada situación; mostrando el uso de una señal visual congénita modulada por una amplitud aprendida. Traducido al lenguaje humano; enseñar poco los dientes equivaldría a una imposición comedida: “No quiero que te acerques.” Levantar los belfos del todo comunicaría una amenaza: “¡No se te ocurra acercarte!”

Cuando nacen, los lobos ya hace un uso variopinto de su voz llegando, a las tres semanas de vida, a poder emitir la docena de sonidos distintos que forman el repertorio completo de los adultos. Esta vía de comunicación burla las condiciones lumínicas, ofreciendo un método único para llamar la atención que puede utilizarse a distancias considerables. Aunque los recién nacidos permanecen sordos durante quince días, emplean suaves gemidos, lloriquean y chillan para avisar a su madre en situaciones de insatisfacción.

Se reduce abruptamente la frecuencia de estos sonidos cuando empiezan a oír y aparecen vociferaciones más adultas como el ladrado y el gruñido, que ocupan su lugar. No solamente ladran los pequeños cuando interaccionan con sus hermanitos, sino también cuando oyen ruidos fuera de la guarida o cuando salen de ella. En este último caso, el riesgo de alertar a un predador debe ser inferior a la seguridad que proporciona avisar a los suyos de sus desplazamientos. Por eso, la selección natural ha favorecido este comportamiento y, por eso, muchos perros ladran en el momento de salir de casa. Existe, precisamente, la teoría que el ladrado evolucionó para atraer la mirada hacia quien lo produce.

Los cánidos emiten dos tipos de sonido: el harmónico, como el lloriqueo, que se emplea amistosamente y en momentos de sumisión; y el ruidoso, como el gruñido, cuya emisión implica agresividad. Cuanto más agudo sea un sonido, más se parecerá a una vocalización infantil y menos amenaza supondrá porque lo infantil, por definición, es inofensivo. Lo contrario es aplicable a los sonidos de registro grave. Se trata de maneras de invitar a la



aproximación y al alejamiento respectivamente y, como tantos otros aspectos de la comunicación, sucede lo mismo en el ámbito humano. Todas las mujeres del mundo, y todos los hombres aunque en menor grado, usan una voz más aguda cuando se dirigen a un bebé, lo cual resta amenaza a la situación y, por lo tanto, fomenta el acercamiento. Como todas las señales, las acústicas pueden cuantificarse perfectamente; en este caso, por registro y volumen.

Cuando se trata de la comunicación a larga distancia, los sonidos que mejor funcionan son los puros y graves. Por este motivo, el lobo aulla cuando se encuentra separado del grupo o en coro. Como promedio, la emisión dura entre tres y siete segundos. Su período de repetición alcanza hasta nueve minutos. Como existe un “efecto suelo” que dificulta el desplazamiento de sonidos a un metro de la tierra, los lobos elevan el hocico para aullar de pie o sentados en un lugar alto. Aullar para situar o coordinar a miembros de una misma manada requiere una respuesta, que es el motivo por el cual los perros “contestan” a la sirena de una ambulancia, cuya frecuencia se asemeja a la del aullido (¡No

porque lleve un muerto!). Los aullidos también pueden servir para mantener alejados a los extraños.

Existe una complementariedad especial entre las señales sonoras y olfativas en la comunicación lobuna, aunque las olfativas no contienen solamente información acerca de la *disposición* de un individuo. El hecho de ser “prefabricadas” implica que las emanaciones corporales informan acerca de su *condición*, en términos de rango y perspectivas.

Los mensajeros químicos encargados de transmitir este “parte” son las feromonas, compuestos de poco peso molecular y, por consiguiente, muy volátiles. Son inadulterables y salen directamente de las glándulas corporales situadas en cara, orejas, patas, lomo, cola, sacos anales, prepucio y vagina. A pesar de ser inodoras en el momento de fabricarse, la acción de la microflora que puebla los conductos y piel adyacentes a las glándulas, y que varía de un individuo a otro, provoca diferencias personales en cada huella olfativa. La dieta ejerce su propia influencia adicional en la confección de estos carnets de identidad, en los que constará: género, condición reproductora, estatus social, estado emocional, edad, salud y dieta. No es de extrañar que lobos y perros pasen tanto tiempo oliéndose y olfateando la saliva, orina y heces de sus congéneres.

Aunque la madre provoca la evacuación de orina y heces lamiendo a los pequeños, éstos se vuelven autónomos alrededor de la tercera semana de vida, que es cuando empiezan a salir de la guarida. Las posturas y acciones que acompañan una micción o defecación que marca dominios tanto en machos como en algunas hembras, como levantar una pata trasera o rascar el suelo, contribuyen a la mayor eficacia de la evacuación. Para cuantificar los mensajes contenidos en las deposiciones, se puede modificar su cantidad, frecuencia y ubicación. De este modo, la divulgación de información personal permite un incremento o una reducción en función de la condición del individuo en un momento determinado.

Un comportamiento curioso, relacionado con la adquisición de olor, es el ritual innato que induce al lobo y al perro a revocarse en sustancias que nosotros llamaríamos “apestosas”; posiblemente con el fin de camuflar su propio olor y así poder acercarse más a sus presas sin ser detectado. Otra opción que podría





explicar dicha conducta sería la de infundir más respeto en sus semejantes, algo así como funcionan los galones militares ante el cerebro óptico y simbólico de nuestra especie.

Para comunicarse visualmente, los lobos señalan con gestos faciales y posturales, además de emplear el pelo y posiciones de la cola. La comunicación visual juega un papel destacado, junto con la acústica, en los preámbulos ritualizados de la confrontación. Un individuo adoptará puntualmente una actitud dominante, en función de la actividad de su sistema endocrimológico y de su experiencia social, cuando pretende imponer su voluntad a otro miembro del grupo. Los principales desencadenantes de este tipo de comportamiento probablemente son la competencia reproductora y la alimenticia. La intensidad y frecuencia de los enfrentamientos dependerían de las presiones reproductoras, nutricionales, sociales y temperamentales del momento.

La confianza del dominante se manifiesta con ojos muy abiertos que miran fijamente; las orejas erguidas se orientan hacia delante y los labios sufren una contracción horizontal. La boca abierta muestra los dientes aunque la lengua se retrae. La nariz se repliega y la frente se contrae, abombándose por encima de los ojos.



La cabeza se mantiene en alto con el cuello arqueado y el cuerpo estirado hacia arriba. El pelo se eriza, dando la impresión de un animal más voluminoso a la vez que disfraza el perfil corporal. Se levanta una cola que quizás tiemble. Este cuadro presagia un ataque.

La inseguridad del sumiso emplea manifestaciones visuales de signo contrario con el fin de evitar errores de interpretación. La mirada se aparta con ojos achinados y las orejas se pliegan lateralmente. Los labios se retraen horizontalmente mientras la boca se mantiene cerrada, aunque la lengua puede extenderse como si fuera a lamer. Nariz y frente se alargan. La cabeza se sostiene baja sobre un cuello extendido. El cuerpo se agacha con la cola, entre las patas traseras, moviéndose de lado a lado.

La ritualización de un enfrentamiento deja clara la situación de los participantes sin la necesidad de desgarrar órganos o romper huesos que, en definitiva, son de todos. Son las herramientas de supervivencia de la manada entera.

Las señales de incertidumbre configuran un cuadro de sumisión que puede ser tanto activo como pasivo. En el primer caso, el

animal adopta esta actitud para acercarse a un lobo más dominante, mostrando una disposición a someterse y así asegurar la continuada protección del superior. En la sociedad humana, “hacer la pelota” a personas de mayor poder hace eco de la coherencia de semejante rendición. Al llegar hasta el animal más fuerte, el sumiso mantiene una actitud marcadamente infantil, por los motivos que he comentado, lamiendo el hocico del dominante y moviendo la cola, para apaciguar ánimos posiblemente alterados por dicho atrevimiento.

La sumisión pasiva se presenta como reacción al acercamiento o investigación por parte de un individuo de rango superior. El inspeccionado se tumba sobre lomo y costado, orinando como si fuera el inofensivo cachorro que representa. En cautividad, la sumisión activa entre lobos es muy frecuente, mientras que la

72



73



versión pasiva es de incidencia reducida. ¿No será porque al sumiso le interesa más estar bien con el dominante que no a éste investigarlo a él? La dominancia corre pareja con la independencia.

La combinación de todas las señales de comunicación se desarrolla desde la infancia, volviéndose éstas más diferenciadas y contundentes con el paso del tiempo. El tacto tiene un peso específico considerable mientras los cachorros permanecen ciegos y sordos, apoyado por un olfato incipiente. Después, el contacto físico durante el sueño, el descanso y el juego tiende a reducirse poco a poco aunque puede continuar durante toda la vida. En situaciones amigables, los lamidos compartidos —y reflejados en el efecto tranquilizador de la caricia humana— reducen la tensión. El acicalamiento, además de cumplir sus funciones higiénicas, también marca olfativamente tanto a la pareja como a los cachorros y fortalece los lazos afectivos.

Las confrontaciones asimismo implican mucho contacto corporal en forma de empujones, que tantean la estabilidad del contrincante, y mordiscos en el hocico o cabeza; todo ello destinado a asesorar la fuerza y habilidad del rival. Igual que en el



caso de las señales olfativas, cualquier fragilidad individual puede exigir la evitación de este tipo de intercambio físico si quiere mantener su rango. En otras palabras, la información también es poder cuando se esconde.

Aunque tanto machos como hembras lamen los genitales y sus segregaciones de miembros del sexo opuesto para fomentar el conocimiento mutuo de disposición y condición, el gusto es la facultad de percepción sensorial menos conocida en el lobo. De todas maneras, la interpretación de facetas de su comportamiento general permite hacer alguna deducción al respecto. Por ejemplo, los sabores que contribuyen a la satisfacción de las necesidades de un cachorro o de una pareja deberían resultar agradables, para que el animal los buscara activamente. Los cuidados que reciben los cachorros de la madre indican la presencia de un sabor agradable en la piel de los pequeños, cuyos excrementos son ingeridos por la matriarca mientras su dieta de leche no se modifica con la aportación de carne.

El lobo suele estar acompañado de los miembros de su manada desde que nace hasta que cumple entre uno y tres años como promedio. Al principio, las señales de comunicación que hemos considerado aseguraban la satisfacción de sus primeras necesidades, para después volverse más complejas y numerosas a la luz de su experiencia social. La finalidad de este proceso es conseguir la previsibilidad mutua entre todos los componentes de la manada, de manera que el cumplimiento recíproco de expectativas comportamentales reduzca tensiones y facilite la cooperación.

A propósito, por inverosímil que pueda parecer, el intrincado tejido de amenazas y recompensas que encauzan la conducta humana, y que llamamos moralidad, comparte origen con la formación de los primeros grupos de animales; algo que sucedió mucho antes de la aparición de nuestra especie en la faz de la Tierra.



# capítulo 3

Del monte  
al salón



## Del monte... al salón

El linaje del perro tuvo su origen hace unos 37 millones en lo que hoy se llama América del Norte, a partir de predadores que poseían dientes diferenciados para clavar y desgarrar la piel de los herbívoros que abatían para obtener su alimento. Pero fue un adaptable cánido primitivo llamado *Eucyon*, del tamaño de un zorro y con una dentadura capaz de procesar tanto la carne como las plantas, quien cruzó el helado Estrecho de Bering hace aproximadamente 5 millones de años para dar lugar en el viejo continente a la mayoría de los cánidos modernos, incluyendo los coyotes, los chacales y los lobos.

Aunque hace alrededor de un millón de años que existen los lobos (*Canis lupus*), la evidencia fósil más antigua de la asociación del perro domesticado (*Canis familiaris*) con una cultura humana fue encontrada en Alemania y data de hace sólo 14.000 años. A pesar de ello, un discutido análisis de ADN sugiere que la comunión entre homínidos y cánidos remonta casi hasta la emergencia de los primeros humanos modernos en África, hace unos 150.000 años. De ser así, podría conjeturarse que algún aspecto novedoso de la naturaleza de *Homo sapiens sapiens* facilitara la integración del lobo en las comunidades nómadas de estos antepasados nuestros; lo cual, hoy por hoy, es pura fantasía.

Los defensores de la teoría de que el proceso de domesticación comenzara en una época tan remota explican la ausencia de morfologías transicionales fosilizadas en base a la escasa diferen-

ciación que debía existir entre lobo y perro hasta los inicios de la agricultura sedentaria. De hecho, poco más de un 1% de material genético distingue cualquier raza de perro de su progenitor ancestral, cuyos huesos han sido encontrados en China, en campamentos de homínidos que datan de hace entre 200.000 y 500.000 años.

En cualquier caso, en algún momento algo debió paliar en cierta medida la áspera rivalidad entre humanos y lobos por los mismos territorios y las mismas presas, hasta el punto de permitir que se descubriera la utilidad de *algunos* de aquellos feroces cuadrúpedos salvajes para fines como la advertencia, la defensa, la caza y, quizás, el compañerismo. Anteriormente, el lobo sólo había servido como fuente de pieles, de carne y de temor.

Intento imaginarme la situación. ¿Por qué no haces lo mismo? Pertenece a una tribu de unos treinta individuos. Estamos en el continente africano hace entre 14.000 y 100.000 años, sentados en círculo alrededor de un fuego poco vivo, al atardecer, comiendo carne que hemos cazado. Se oyen ruidos de animales y los gritos de muchos pájaros. Estamos nerviosos, como siempre. Nuestras miradas se cruzan y van de un lado a otro, porque somos muy vulnerables ante los predadores que acechan por doquier.

A unos 300 metros, se ve un lobo, casi inmóvil, mirando hacia nosotros. Una de la tribu emite un chillido y señala el animal con un gesto brusco. Varios miembros del grupo miran en esa dirección, mientras gruñen su desaprobación. Uno se levanta, gesticulando con los brazos en alto. El lobo se esconde. Ese animal es un peligro... sólo un peligro. Es difícil de cazar y su carne sabe a rayos. Quizás lo más valioso que nos puede dar sea su piel.

Notoriamente esquivo, como todo animal salvaje, la idea que pudiéramos congeniar con semejante amenaza no parece del todo razonable. La única manera sistemática de descubrir que *parte* de su descendencia nos guardaba alguna ventaja sería mediante la incorporación de lobeznos muy jóvenes, hallados esporádicamente, en el seno de nuestras comunidades. No sé si resulta más apetitosa la carne de lobezno que la de adulto pero hemos de suponer que muy pocos de estos pequeños sobrevivían a las durísimas pruebas de adopción.



El atributo más vital para superar los rigores de la proximidad humana sería la inofensividad, característica común a todos los bebés del planeta. Un desgarrado peluche haciendo ruiditos de reclamo constituiría una novedad deseable, aunque probablemente no hasta el punto de suscitar un manejo cuidadoso o una alimentación mucho más allá de la inanición. Incluso hoy en día, por *un* perro querido, miles deben estar soportando penurias indescriptibles sin justificación alguna. No hemos cambiado tanto. En la época que nos ocupa, nuestros antecesores también mantenían precariamente a jóvenes animales de innumerables otras especies dentro de sus grupos por el único motivo posible: el entretenimiento.

Bueno, ya tenemos a nuestro pequeño lobito luchando contra la manipulación de los curiosos y gorreando su sustento a duras penas. Contra todo pronóstico, no solamente sobrevive sino

crece, aislado de los suyos y adaptándose a sus nuevos amos. Aprenderá con facilidad de quién debe alejarse y a quien puede acudir para buscar protección. Solamente necesitamos que coincida con una hembra en disposición de procrear y tenemos el punto de partida, repetido miles de veces en el escenario humano de aquel período, para trazar el desarrollo de la paulatina diferenciación morfológica y comportamental que acabó llamándose perro.

El trasfondo genético que sostiene la comunicación entre humanos y cánidos nos recuerda que ambos somos animales territoriales, jerárquicos y cazadores. La manada típica,



como hemos visto, se compone de individuos emparentados que gozan de su independencia pero obtienen su comida, crían a los jóvenes y defienden a la manada juntos, igual que sucedía (y aún sucede) en nuestro caso. La búsqueda de interacción con otros miembros del grupo implica rituales de reencuentro, juegos y comportamientos de investigación personal; y es otra característica que compartimos con lobos y perros.

El proceso de la domesticación supone el aislamiento geográfico, reproductor y comportamental del animal en cuestión de su población salvaje. Cuando esto sucede espontáneamente en la naturaleza, se denomina especiación y es la selección natural que favorece las mutaciones genéticas tendentes a otorgar alguna ventaja al individuo en su nuevo contexto. Cuando el ser humano ejerce una influencia decisiva sobre el proceso, se llama selección artificial.



Si nuestro pequeño protagonista ha logrado crecer y el azar le ha proporcionado una hembra y una prole, nos encontramos ante una población de, quizás, dos adultos *supervivientes* de dos años de edad y, pongamos, media docena de lobeznos. De los seis pequeños, algunos serán más conflictivos y algunos menos. Si, al desarrollarse, aparecen muestras de agresividad hacia los niños o adultos humanos, sus exponentes serán muertos. Si logran escapar, volverán a ejercer frente a sus “benefactores” la rivalidad propia de su especie, sin participar genéticamente en la descendencia *depurada* y cada vez más numerosa que permanece junto al fuego.

Si multiplicamos el efecto hipotético de esta mecánica por cientos y cientos de miles de generaciones, veremos que nuestro intransigente arquetipo lobuno se va volviendo cada vez más dócil, más compatible con las exigencias de la vida dentro de la comunidad humana. Esta transformación descubre, ya en una etapa temprana de la domesticación, las ventajas de contar con un centinela que olfatea la presencia ajena a kilómetros de distancia en situación favorable y cuyo oído es cuatro veces más sensible que el nuestro. Además, su territorialidad, vinculada a los campamentos, proporcionaría una defensa insuperable.



En realidad, todo fue posible gracias a aquella inofensividad infantil, cuya incorporación y *conservación* mediante la supresión de toda agresividad dirigida hacia nuestros antepasados fue la base de la configuración del flexible y dócil temperamento canino. Dicha selección de ejemplares más adecuados a nuestros propósitos también potenció la perduración de muchos rasgos físicos propios de los pequeños de la especie.

La persistencia de rasgos infantiles tanto físicos como comportamentales en el adulto de cualquier especie se llama *neotenia* y, en el caso del perro de compañía, tal efecto ha tenido la erradicación de tendencias conductuales conflictivas que podemos considerar que su temperamento se congeló entre los 4 y 6 meses de edad, en la edad juvenil. El temperamento de un animal es el conjunto de predisposiciones que hereda debido a lo fundamentales que han sido para la supervivencia de la especie durante suficientes generaciones. El carácter es el resultado de someter aquéllas a la influencia de la experiencia, que demuestra al individuo cuáles son las pautas que debe seguir y cuáles

necesita abandonar en virtud de la productividad en la vida cotidiana. Así, el cuadro comportamental en cualquier momento de la vida será una combinación de lo instintivo y lo aprendido.

En el terreno físico, podemos deducir que la progresiva supervivencia de una pequeña minoría de lobos inmaduros conllevaría, entre otros cambios, los tendentes a reducir su tamaño corporal en general junto con el tamaño y potencia de la mandíbula, portadora en lo sucesivo de un menor número de dientes más pequeños. Los miembros se acortarían y la frente se abombaría, característica por excelencia infantil, mientras una dieta empobrecida y cometidos sociales y cinegéticos poco exigentes contribuirían a la disminución del volumen cerebral en alrededor de un 30%. Como el comportamiento, evidentemente, no se fosiliza, en la actualidad sólo tenemos los huesos y su ubicación con respecto a huesos humanos fosilizados para descubrir la época y naturaleza exactas de la divergencia que señaló el camino hacia el perro de compañía.

En cambio, la observación tanto de lobeznos y cachorros como de lobos y perros adultos muestra ambos extremos del proceso de adaptación que el perro ha sufrido. Los lobeznos se desarrollan físicamente mucho más deprisa que los cachorros aunque, entre la sexta y décima semanas de vida, las diferencias desaparecen.

Los comportamientos que suelen permanecer y muchas veces intensificarse, y que se asocian específicamente con el comportamiento lobuno infantil, son los relacionados con la subordinación y sumisión, así como con el juego. El papel de juego es el de potenciar las habilidades del mañana en un contexto de descubrimiento y ensayo de las relaciones sociales. Todo período de tanteo requiere flexibilidad aunque su finalidad se cumple cuando, con la madurez, el individuo tiene la experiencia necesaria para hacer frente a su cometido con seguridad.

Curiosamente, el cometido del perro de compañía acostumbra a ser de una pasividad extraordinaria, cuyo éxito se mide más por la capacidad de no hacer cosas que de hacerlas. Se espera de él, por ejemplo, un sometimiento prácticamente total ante los mimos, las caricias y las manipulaciones afectuosas. Sus necesidades y funciones atávicas parecen haberse esfumado y, de la esencia del predador, quedan rituales diluídos como *rastrear* el

muñeco (“escondido” en un cajón), *perseguir* la pelota o *matar* el nudo (con sacudidas de la cabeza). Todo está allí. Únicamente el grado de expresión de estas conductas se ha reducido y redirigido casi por completo, como el niño que *investiga* un crimen imaginario, *se lanza* tras el malhechor descubierto y lo *mata* con su magnum 9 mm parabellum de juguete.

Lo inusual es que nuestro “Bobby” seguirá con su pistola de plástico durante toda la vida. Si no fuera tan dúctil, juguetón y sumiso, el perro de compañía no existiría en una sociedad tan ajetreada. Sin embargo, su capacidad para amoldarse a las imposiciones más absolutas – de celibato sexual... y que no monte la pierna del abuelito; de soledad... y que no se entretenga

mordisqueando la pata de una silla; de sumisividad... y que no gruñe a la sobrinita que le está estirando de una oreja – esa capacidad, como decía, nos hace integrarlo como a uno más de la familia.

¿Por qué? Pues, porque lo necesitamos. A pesar de sus pelos, sus babas, sus ronquidos, sus ventosidades (hasta aquí, como cualquier otro compañero sentimental), sus saltos a los invitados, sus ladridos a otros perros, sus estirones de la correa, su vida tan corta... lo necesitamos para llenar vacíos afectivos generados por la transición social que hemos padecido durante algo más de un siglo. El cariño que brindamos a nuestra mascota normalmente es extensivo, pero también se manifiesta de manera substitutiva.

Desde la revolución industrial, una sociedad que podríamos llamar *vertical* en la que, por motivos patrimoniales y/o profesionales, nietos, padres y abuelos tenían mucho en común, se ha ido volviendo cada vez más *horizontal*. Ahora, solemos encontrar una mayor afinidad con nuestros coetáneos, personas de aproximadamente la misma edad, que con nuestras familias. Las nuevas tecnologías impulsan esta tendencia porque definen aún más las discrepancias generacionales.

En la actualidad, los hijos (cuando pueden) se marchan de casa antes que en años anteriores, dejando a sus padres con un cierto vacío familiar que aquéllos también padecen. Los abuelos acostumbran a vivir solos (mientras pueden) y, cuando falta uno de la pareja, una serie de comportamientos generados por la costumbre de compartir y cuidar queda troncada.

Por otra parte, la mayor flexibilidad contemplada ante el matrimonio deja sin pareja a un número significativamente mayor de personas que antaño. Por todos los motivos mencionados y alguno más, se abren lagunas emocionales que el perro de compañía llena de maravilla. Incluso en familias *completas*, no siempre existe una compatibilidad temperamental entre todos los miembros, de modo que un colega peludo vuelve a cumplir un cometido afectivo muy positivo como compañero y confidente.

Aunque hay que prestar mucha atención a la elección de raza y carácter para que todas las ventajas que promete la adopción no cambien de signo creando incordios y crispaciones, una mascota





puede suplir las ausencias y paliar las tristezas como nadie. La entrega incondicional de un amiguete que *siempre* manifiesta su alegría cuando llegamos a casa y que, a la vez, permite que le dediquemos muestras de cariño a *nuestra* manera sin mofarse ni agobiarse es, a todas luces, un miembro muy valioso de una gran proporción de familias de todo tipo.

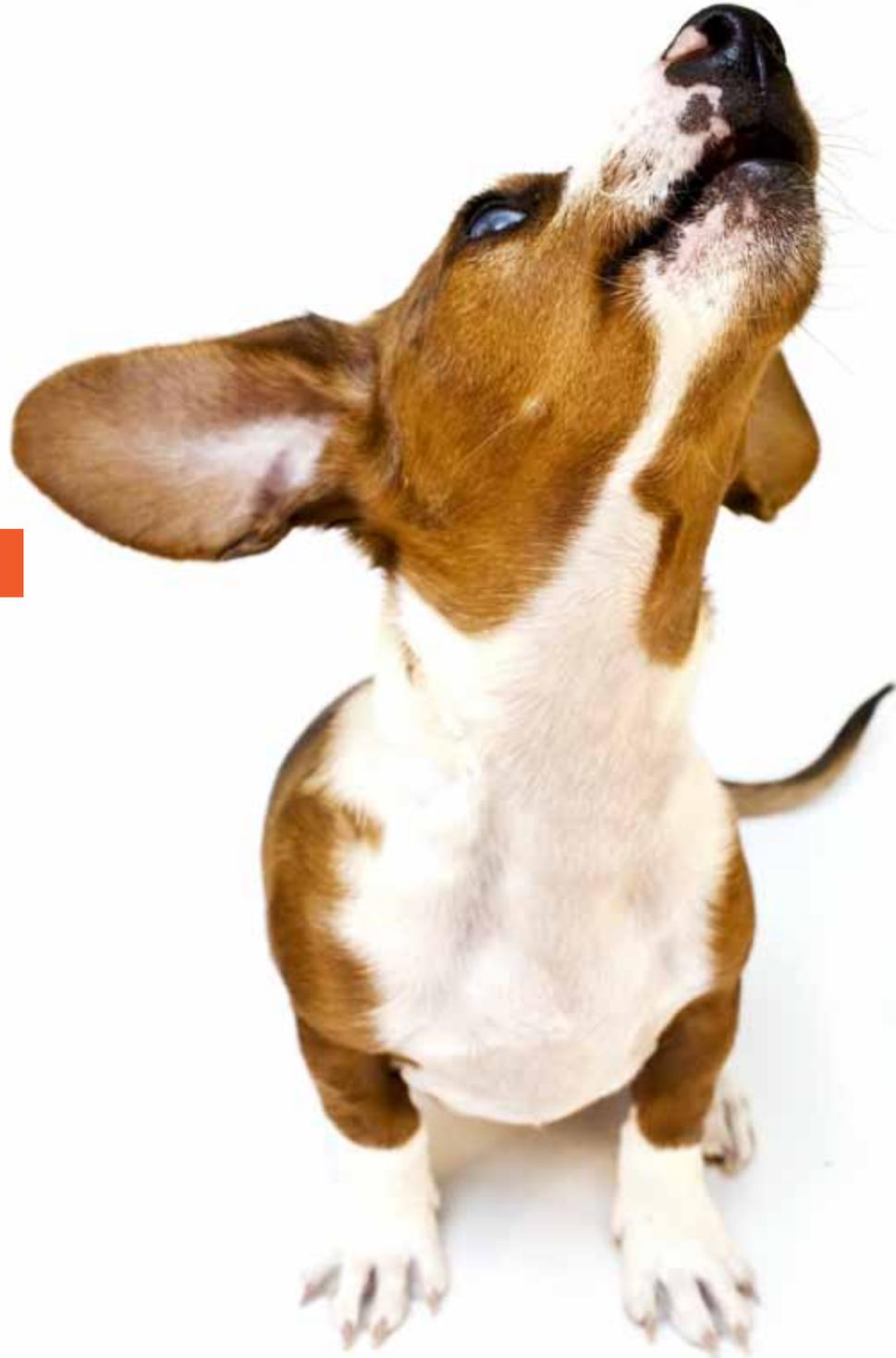
Éstas son las razones principales por las que la popularidad del perro no ha dejado de crecer más allá de la utilidad específica y la ostentación, porque el entretenimiento y el afecto que nos proporciona comportan beneficios demostrables para la salud de quien acaricia y pasea a este miembro de otra especie que ha bajado del monte para llenar muchas de nuestras vidas urbanas.

A pesar de haber descrito sintéticamente el aspecto más importante de la transformación comportamental entre lobo y perro que, en definitiva, permitió la incorporación y adaptación de

pequeños lobeznos a las exigencias de las comunidades humanas prehistóricas, veremos a continuación algunos de los rasgos de conducta que distinguen a lobos y perros contemporáneos. Dichas diferencias normalmente son más cuestión de grado que de naturaleza, lo cual se debe a la mayor o menor exposición a determinados estímulos que modifican el umbral de la respuesta correspondiente.

El nivel de actividad, muy superior en el lobo y que varía de acuerdo con el rango dentro de la manada, es objeto de una mayor variación según la raza en el caso del perro de compañía. La elección de una raza poco activa puede suponer muchas ventajas, especialmente si el animal pasará mucho tiempo solo en casa.

La *neofobia* o temor a lo nuevo es marcada en el lobo, quien tarda mucho en acostumbrarse a presencias no conocidas durante la



primera infancia, si es que llega a tolerarlas alguna vez. El perro, en cambio, acepta lo nuevo con más facilidad. No obstante, conviene que conozca el mayor número posible de elementos que van a constituir su entorno físico y social habitual alrededor del segundo mes de vida, para evitar la aparición de miedos ante contenedores, camiones, persianas, escaleras... y las personas en general.

Con la excepción de la subespecie asiática, el lobo no ladra a menos que esté alarmado y, aún así, vocifera sólo de forma contenida. Por lo demás, este ancestro canino vocaliza más que el perro, entre cuyas razas existe una gran variabilidad en la frecuencia del ladrido. Un análisis espectrográfico de este sonido muestra que es una combinación de ruidos amenazadores como el gruñido con tonos propios del malestar, la insatisfacción o el apaciguamiento, como el lloriqueo. Flexible por definición, el ladrido se parece al "Eh" humano, que puede utilizarse con registro grave y volumen alto como advertencia: "¡Eh, tú! ¿Qué haces en mi jardín?," o con registro agudo y volumen débil como súplica: "¡Eh, déjame! ¡Yo no te he hecho nada!".

En ambos casos atrae la atención sobre el sujeto pero de una manera muy diferente. La diversificación de tonalidades del ladrido seguramente se debe a la enorme diversidad de situaciones que el perro vive en nuestra sociedad y que potencian todo un abanico de matices vocales que serían innecesarias en el entorno relativamente sencillo del monte. Así, la capacidad de comunicación se extiende en función de la complejidad de las vivencias.

Una mayor predisposición instintiva en el perro de compañía hacia la compenetración con el ser humano que incluso con los suyos se refuerza porque la mayoría de familias canófilas suele tener una sola mascota. El estilo de vida de los pueblos y las ciudades relaciona continuamente a los perros con personas inicialmente desconocidas; que entran en casa de visita, se detienen a hablar con sus propietarios en la calle o se encuentran en los parques; de modo que la ingenuidad infantil con respecto a lo extraño se extiende durante toda la vida. Lo extraño se demuestra placentero.

Las personas que nos interesamos por los perros solemos ser muy afectuosas con ellos. Cuando se presenta la ocasión espon-

táneamente, les hablamos y los acariciamos como si fueran bebés humanos, algo que casi siempre les resulta agradable y les demuestra que “la gente es buena”. La progresiva y contundente *xenofobia*, o miedo a lo extraño del lobo contrasta marcadamente con esta actitud canina y mantiene prácticamente aislada a la manada, con contadas excepciones (ver. Cap. 1), de presencias ajenas que, con toda probabilidad, serán hostiles.

Como he comentado antes, se trata de una diferencia más de grado de reacción que de su naturaleza intrínseca y resulta relativamente sencillo estimular en casi cualquier perro la respuesta de rechazo ante personas que no conoce. Si distintas personas adoptan un comportamiento desconcertante ante el animal en situaciones consecutivas, el acercamiento de personas nuevas provocará ladridos y, quizás, algún gruñido. Una vez pasada la prueba, casi todos los participantes caninos volverán de inmediato a aceptar a los extraños, ya que saben por instinto discernir entre lo habitual y lo excepcional.

De momento, hemos considerado algunos aspectos de la vida y los hábitos de los lobos que nos han permitido describir, a grandes rasgos, la forma en que la transición hacia el perro de compañía pudo haberse desarrollado. Ahora, dejaremos el pasado y empezaremos a plantear la adquisición de un nuevo miembro de tu familia, que dependerá de tí para todo durante un promedio de algo más de diez años.

Será fuente de considerables gastos, innumerables incordios y más de una preocupación. Además, ya sabes lo de: “No es más feliz quien más tiene, sino quien menos necesita”. Bueno, pues, si te lo has pensado bien, bienvenido o bienvenida al club de los sufridores porque, de aquí en adelante, hablaremos solamente de tu nuevo compañero de viaje y de la mejor manera de incorporarlo en tu casa, en tu familia y en tu vida. ¡Tu lo has querido! ¿Seguro que te lo has pensado bien?.

